NUEVO INFORME

El cuidado nos une: **de la carga individual al derecho colectivo**

HOMBRES, FEMINISMOS Y EL FUTURO DE LOS CUIDADOS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

OXFAM

ECOFEMINITA

OXFAM

ECOFEMINITA

El cuidado nos une: de la carga individual al derecho colectivo

HOMBRES, FEMINISMOS Y EL FUTURO DE LOS CUIDADOS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Redacción: Justina Lee, China Rodriguez, Chiara Gamino, Celina Santellán, Lucía Espiñeira y Natsumi S. Shokida

Encuesta: Candelaria Botto, Justina Lee, Natsumi S. Shokida, Lucía Espiñeira, China Rodriguez, Celina Santellán y Chiara Gamino

Análisis de datos cuantitativos y gráficos: Justina Lee y Celina Santellán

Edición: Justina Lee, Candelaria Botto y Nasheli Noriega Izquierdo

Diseño y maquetación: China Rodriguez

Índice

Introducción 05

Datos y Metodología 09

Encuesta y diseño del cuestionario 09

Estrategia de difusión 09

Participantes y depuración de la base 10

Perfil sociodemográfico 10

Análisis de los datos 11

¿Qué se espera de un hombre? 12

Lo que sí y lo que no: mandatos de la masculinidad 14

¿Y si no eres lo que se espera de ti? 16

La “machósfera” y sus riesgos 20

¿Qué masculinidades quieren fomentar ellos mismos? 24

Existe el deseo de paternar, pero no los derechos y las condiciones para hacerlo 27

Licencias de paternidad: un derecho aún insuficiente 28

¿Nuevas paternidades? 30

Más vínculo emocional y mayor presencia 31

La paternidad bajo presión social 32

El peso de las condiciones materiales en la era de la precarización laboral 33

El cambio según el deseo de paternar 35

La paternidad en disputa 36

Índice

El lugar de los hombres en los feminismos: una pregunta abierta 38

¿El feminismo mejora la vida de los hombres? 39

Rechazo: el feminismo como amenaza 40

Ambivalencia: entre la apertura y la desconfianza 44

Afirmación: los feminismos como oportunidad de cambio 46

¿Sumarse o dar un paso al costado? Los hombres ante la pregunta por su rol en los feminismos 50

Negación: del respeto inmóvil al rechazo abierto 50

Indefinición: el "tal vez" como la ancha avenida del medio 55

Afirmación: del apoyo individual al compromiso colectivo 56

Conclusiones 61

¿Cómo seguimos? 63

Introducción

Cuidar es sostener la vida: cocinar, acompañar, limpiar, planificar, contener. Trabajos fundamentales que hacen que todo funcione. Sin embargo, durante mucho tiempo, estos trabajos han sido invisibilizados, subestimados y desigualmente repartidos entre hombres y mujeres.

Desde Ecofeminita y Oxfam llevamos años insistiendo con una idea tan sencilla como transformadora: no puede haber igualdad real sin una organización social del cuidado que reparta de forma justa las tareas que hacen posible la vida. Para eso, producimos datos, activamos campañas, y construimos nuevas narrativas que cuestionan lo que se da por sentado.

Este recorrido tuvo varios hitos:

- ***2020:*** publicamos el informe "Organización social de los cuidados a la luz del COVID-19 en América Latina y el Caribe", que puso de relieve cómo la pandemia evidenció –y profundizó– la crisis de los cuidados.
- ***2022:*** lanzamos la campaña #NosUneElCuidado, con un micrositio que reúne materiales, datos y dos informes centrales: el ya mencionado sobre la organización de los cuidados a la luz de la pandemia y "Los cuidados en Latinoamérica y el Caribe: entre las crisis y las redes comunitarias". Con mensajes claros y formatos creativos, buscamos instalar en la agenda pública la idea de que cuidar es trabajar, y que no es una responsabilidad individual y privada de las mujeres, sino un desafío colectivo y un derecho.
- ***2023:*** la campaña continuó en redes, expandiendo la conversación y sumando voces diversas en torno a la centralidad de los cuidados.
- ***2024:*** redoblamos la apuesta con el informe "Varones y cuidados: un compromiso necesario", donde planteamos de frente una pregunta urgente: ¿qué pasa con los hombres? ¿Qué lugar ocupan en la sostenibilidad de la vida?

Este camino nos permitió identificar algo clave: aunque en las últimas décadas más mujeres se incorporaron al mercado laboral, eso no se tradujo en mayor participación masculina en las labores cotidianas. Hoy, las mujeres siguen dedicando más del doble de tiempo a los cuidados que los hombres. Y mientras la demanda de cuidados crece —por ejemplo, con el envejecimiento poblacional, pero también con la desinversión de los Estados en los sectores del cuidado—, la respuesta sigue descansando principalmente sobre los hombros de las mujeres en sus hogares y sus comunidades.

La evidencia es contundente: sin cuidados no hay economía ni sociedad que funcione. Pero los estereotipos siguen pesando. Se sigue creyendo que las mujeres "cuidan mejor" por naturaleza, como si cocinar, limpiar o acompañar fueran habilidades innatas de niñas y mujeres. Esos mandatos no solo sobrecargan a las mujeres, también privan a los hombres de involucrarse en su propio bienestar y en el de sus entornos.

Nuestro trabajo también se nutre de los debates regionales. Este año, CLACSO y Trenzando Cuidados presentaron el "Estudio regional sobre la generación de demanda social a favor del derecho al cuidado", que ofrece un marco valioso para pensar políticas en América Latina y el Caribe. El estudio subraya que avanzar hacia sistemas integrales de cuidados requiere construir nuevos sentidos comunes: entender que cuidar es un trabajo indispensable y un pilar del bienestar. También plantea que el Estado debe ser el garante principal de este derecho, pero que eso sólo será posible si existe una demanda social amplia que lo impulse. Uno de los grandes nudos que señala es, justamente, la falta de esa demanda. Seguimos percibiendo el cuidado como un asunto privado o familiar y, por eso, no lo reclamamos colectivamente. Aun así, el estudio documenta experiencias exitosas en la región, donde sí se logró ampliar la demanda social por los cuidados, así como las barreras que dificultan que ciertos grupos adopten esta causa.

Estos hallazgos nos inspiran y orientan: necesitamos campañas y políticas públicas que cambien imaginarios, generen consenso sobre la importancia de cuidar, y comprometan a los Estados a invertir recursos en el cuidado.

> **En resumen, el derecho al cuidado debe dejar de ser una aspiración de unos pocos círculos feministas para convertirse en un reclamo social más amplio, algo que solo ocurrirá si logramos involucrar también a los hombres.**

En paralelo, el escenario cultural se complejiza. Mientras las mujeres y diversidades protagonizaron en la última década una ola feminista transformadora, no hubo un movimiento equivalente entre los hombres. Los modelos tradicionales de masculinidad (ser fuerte, proveedor, autosuficiente, ajeno al cuidado) siguen muy presentes, aunque ya no se correspondan con las condiciones materiales de vida actuales.

En toda América Latina y el Caribe, las transformaciones del mercado laboral han erosionado ese ideal del varón proveedor. Según la OIT, los jóvenes enfrentan tasas de desocupación tres veces superiores a las de los adultos, y una informalidad que afecta al 60% de quienes trabajan. La tasa general de informalidad en la región se mantiene en 47,6%, lo que significa que casi la mitad de las personas ocupadas tiene ingresos inestables y sin protección social. Cinco años después de la pandemia, el empleo total volvió a niveles prepandamia, pero en muchos países entre el 48% y el 70% del nuevo empleo creado fue informal, por lo que se puede argumentar que la precarización laboral se ha intensificado.

En este contexto, los salarios masculinos ya no alcanzan para sostener a un hogar promedio. Desde los años noventa, la proporción de hogares sostenidos por un solo ingreso se redujo drásticamente, y las mujeres (que fueron aumentando sus niveles educativos) pasaron a contribuir de manera creciente al ingreso familiar. De hecho, la brecha de educación formal entre varones y mujeres de 25 a 54 años se invirtió: en 2000 los hombres tenían, en promedio, más años de estudio; en 2023, las mujeres superan o igualan esa cifra en casi todos los países de la región.

El deterioro relativo de la situación masculina se refleja particularmente en la juventud. Entre 1992 y 2016, 1.8 millones de hombres se sumaron al grupo de los llamados “ninis” (jóvenes que no estudian ni trabajan). A diferencia de las mujeres en esa condición, que suelen dedicarse a tareas de cuidado no remuneradas, los varones “ninis” lo son principalmente por abandono escolar temprano y falta de acceso a empleos formales; el 60% proviene de hogares pobres.

Estos procesos ayudan a entender un sentimiento extendido entre muchos hombres: el de haber perdido el lugar social que históricamente se les asignó. Mientras las mujeres avanzaron en mayor participación en el mercado laboral, la vida en general se volvió más precaria. En la última década, la región atravesó una profundización de la primarización de las economías, el empleo informal, la desigualdad y una caída sostenida del poder adquisitivo. En ese escenario, los viejos mandatos masculinos que asociaban el valor del hombre con su rol de proveedor se vuelven

no sólo imposibles, sino también evidentemente injustos. Reconocer esa doble transformación (la ampliación de derechos y la fragilización material de la vida) es clave para entender los malestares masculinos actuales sin atribuirlos, erróneamente, al avance de las mujeres y diversidades.

Como consecuencia, creció con fuerza una reacción conservadora antifeminista, que promete a los hombres una suerte de revancha simbólica: volver a ser el "macho alfa", el jefe de familia, el sostén económico. Un aspiracional que parece imposible en la región y en el mundo, dadas las actuales condiciones laborales y una realidad cada vez más concentrada, donde la mayoría de los milmillonarios han heredado su riqueza. Estos discursos reaccionarios no sólo alimentan el odio, sino que ofrecen respuestas simples y poco realistas a malestares sociales y económicos reales, identificando como enemigo al feminismo cuando el problema es que el sistema de organización actual no da respuesta a cómo sostener las economías.

Entre mandatos tradicionales y narrativas conservadoras, es comprensible que muchos hombres estén desorientados: algunos se aferran al pasado; otros quisieran organizarse y transformar esta situación, pero no encuentran referentes ni espacios para hacerlo. Desde Ecofeminita y Oxfam nos preguntamos: ¿cómo tender puentes entre esos hombres y los feminismos? ¿Cómo invitarlos a ser parte de la pelea, en lugar de que vean en la igualdad de género una amenaza?

Con esas preguntas como guía, en 2025 realizamos una encuesta sobre qué significa ser hombre en el Siglo XXI, que fue respondida por 1.289 personas de distintos países de América Latina. Buscamos conocer cómo circulan los discursos sobre la masculinidad, qué mandatos pesan en la vida cotidiana, qué lugar tienen hoy los cuidados y la paternidad, y cómo se vinculan los hombres con los feminismos.

En este informe presentamos los resultados de esa investigación, complementados con voces de especialistas que estudian y se organizan en torno a las masculinidades. Nuestra convicción es clara: comprender qué mueve (y qué frena) a los hombres en la actualidad es clave para diseñar políticas, campañas y narrativas más efectivas. Solo así lograremos que ellos también se sumen de manera activa a la construcción de sociedades más justas e igualitarias, donde cuidar y cuidarnos sea una responsabilidad compartida y valorada por todas, todos y todes.

Datos y metodología

Este estudio se desarrolló bajo un diseño de investigación mixto, que combinó técnicas cuantitativas y cualitativas. El componente cuantitativo se basó en la aplicación de un cuestionario estructurado en línea, cuyos resultados fueron procesados con herramientas estadísticas. El componente cualitativo, por su parte, incluyó el análisis interpretativo de respuestas abiertas y la discusión de los hallazgos en entrevistas breves con especialistas en masculinidades.

ENCUESTA Y DISEÑO DEL CUESTIONARIO

La encuesta en línea tuvo como pregunta disparadora **"¿Qué significa ser hombre en el siglo XXI?"**, orientada a indagar en las experiencias personales de los participantes. A partir de esta consigna se diseñó un cuestionario en la plataforma **Google Forms**, que incluyó:

- ***Preguntas cerradas de opción múltiple,*** sobre aspectos como mandatos percibidos desde hombres y mujeres, características valoradas, y percepciones en torno a los idearios de "machos alfa".
- ***Preguntas abiertas,*** que permitieron recuperar percepciones en primera persona sobre temas como paternidad, cambios generacionales, y vínculos con los feminismos
- ***Variables sociodemográficas,*** tales como edad, país de residencia, orientación sexual, y nivel educativo, entre otras.

ESTRATEGIA DE DIFUSIÓN

La difusión del cuestionario se llevó a cabo mediante una estrategia de muestreo por conveniencia y bola de nieve. Es decir, una estrategia en la que las personas

invitan a otras a participar, conformando una cadena de recomendaciones. Se han combinado:

- La circulación en grupos de Telegram y WhatsApp con participación de varones latinoamericanos.
- La colaboración de organizaciones aliadas que trabajan temáticas vinculadas a género y masculinidades, que contribuyeron a amplificar la convocatoria.

El cuestionario permaneció abierto durante **28 días, entre el 12 de junio y el 10 de julio de 2025.**

Alcances y limitaciones de la estrategia de difusión

La estrategia de difusión pudo atraer especialmente a personas cercanas a organizaciones feministas o interesadas en cuestiones de género, lo que introduce un **sesgo de autoselección**. En consecuencia, los resultados no constituyen una muestra estadísticamente representativa del conjunto de varones cis latinoamericanos. Más bien, deben entenderse como una **herramienta exploratoria**, útil para aproximarse a debates, percepciones y tensiones actuales en torno a las masculinidades.

PARTICIPANTES Y DEPURACIÓN DE LA BASE

En total se recibieron **1.289 respuestas**. Tras un proceso de depuración, se excluyeron **39 casos** que no cumplían con los criterios de análisis (personas que no se identificaron como varones cisgénero, o que, siéndolo, no eran latinoamericanos). De esta manera, **la base final quedó conformada por 1.250 respuestas de varones cis latinoamericanos.**

La encuesta fue 100% anónima: no se recopilaron datos que pudieran identificar a las personas participantes, y todas las respuestas fueron tratadas de manera confidencial.

PERFIL SOCIODEMOGRÁFICO DE LA MUESTRA

La mayoría de los participantes son hombres adultos de entre 30 y 45 años (65,7%), en su mayoría argentinos (87,5%), aunque también participaron mexicanos, colombianos y chilenos (8%), y en menor medida varones de otros países de la región (Uruguay, Perú, Brasil, Venezuela, Paraguay, Ecuador, Bolivia, Nicaragua, El Salvador, República Dominicana y Costa Rica).

En cuanto al nivel educativo, predominan niveles medios y altos: 51,8% completó estudios terciarios o universitarios y 38,5% se encuentra cursando una carrera.

Respecto de la orientación sexual, la mayoría se identifica como heterosexual (87,7%), seguida por bisexual (6,1%), homosexual (4,6%) y pansexual (0,9%).

En síntesis, el perfil de la muestra refleja principalmente varones adultos, latinoamericanos, cisgénero y heterosexuales, lo que responde a la intencionalidad del muestreo exploratorio y permite contextualizar los resultados obtenidos.

ANÁLISIS DE LOS DATOS

Los **datos cuantitativos** fueron procesados con el software de código abierto R, aplicando estadísticas descriptivas.

Las **respuestas abiertas** fueron analizadas mediante una lectura cualitativa manual, que permitió identificar temas emergentes, categorizarlos e interpretarlos.

Para enriquecer el análisis, las temáticas identificadas se discutieron posteriormente con representantes de organizaciones y activistas especializados en masculinidades: Luciano Fabbri del Instituto Masculinidades y Cambio Social, Fabián Tierradentro del colectivo Varones Desobedientes y el equipo del Instituto para el Desarrollo de Masculinidades Anti Hegemónicas (IDMAH).

Este enfoque metodológico permitió reunir una base diversa de testimonios y percepciones que sirven como insumo para reflexionar sobre las masculinidades en la región.

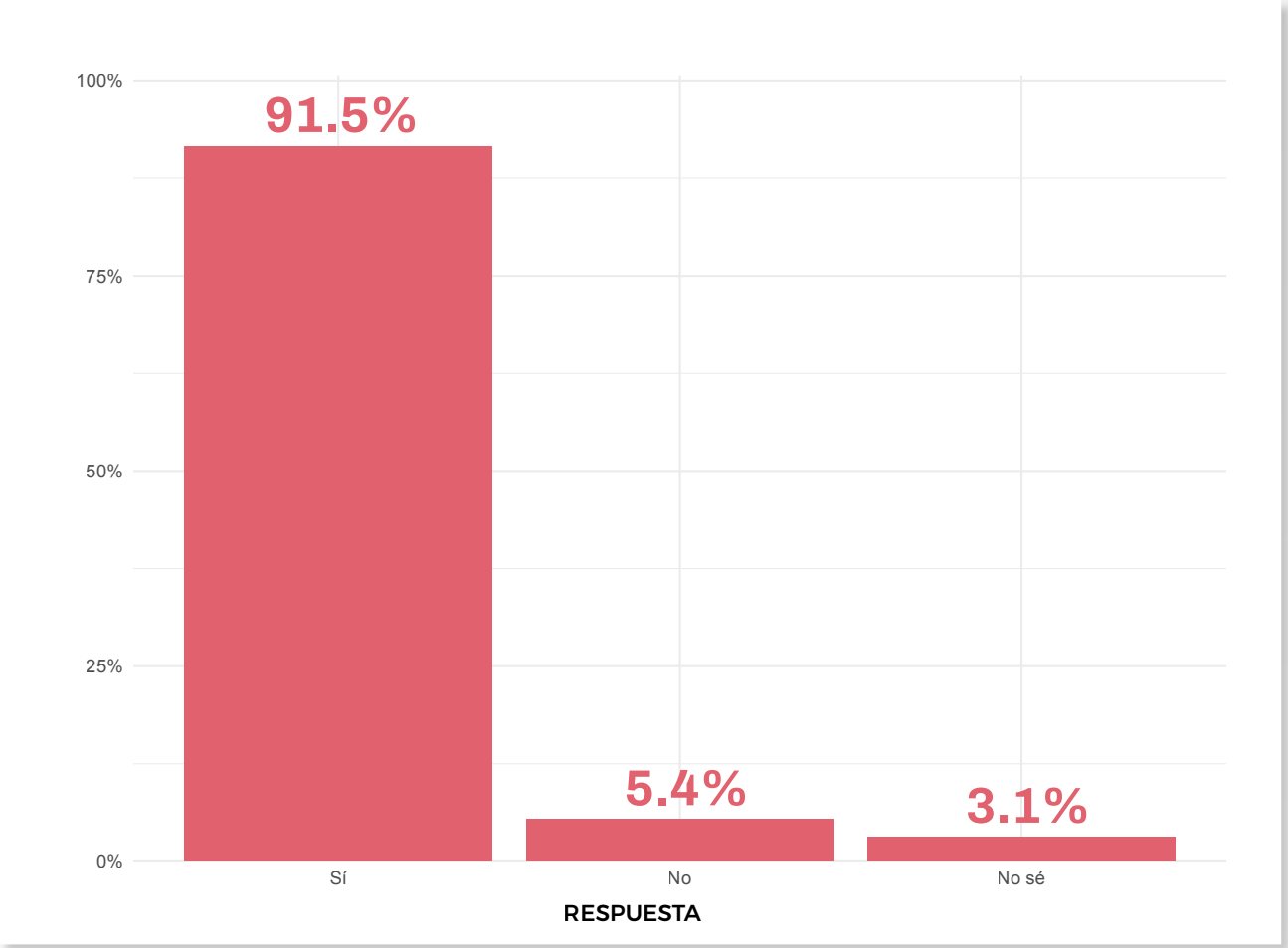
¿Qué se espera de un hombre?

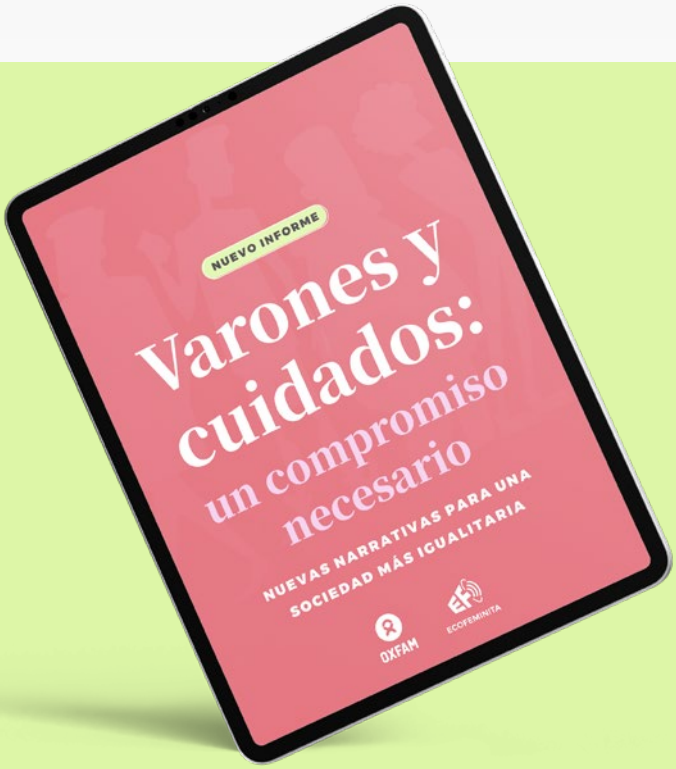
En esta sección exploramos los mandatos y expectativas que atraviesan la construcción de la masculinidad en la actualidad. El objetivo fue indagar si los hombres identifican presiones externas ligadas a su género, qué valores consideran que otras personas esperan de ellos (diferenciando entre expectativas provenientes de otros hombres y por parte de mujeres) y cómo perciben los discursos sobre masculinidad que circulan en redes sociales.

> **Ante la pregunta sobre si creían que hay imposiciones externas por el hecho de ser hombres, la gran mayoría respondió afirmativamente: el 91,5% de los encuestados. Este dato refleja que la conciencia sobre la existencia de mandatos de género está ampliamente extendida entre los varones participantes.**

No obstante, al analizar las respuestas por grupos de edad surge un matiz relevante: entre los mayores de 60 años, más del 23% sostuvo que no existen estas imposiciones. Este contraste sugiere que, aunque los mandatos de género son reconocidos de manera generalizada, su percepción varía de acuerdo a generaciones. Abre, además, la puerta a reflexionar sobre cómo cambian —o resisten al cambio— las formas de nombrar y cuestionar la masculinidad a lo largo del tiempo. También se plantea un interrogante sugerente: ¿son los varones más jóvenes, quizás más permeados por la última ola feminista y por debates recientes en diferentes espacios, quienes tienden a reconocer con mayor claridad estas presiones de género?

¿Crees que hay imposiciones externas por ser hombre?





Varones y cuidados: un compromiso necesario

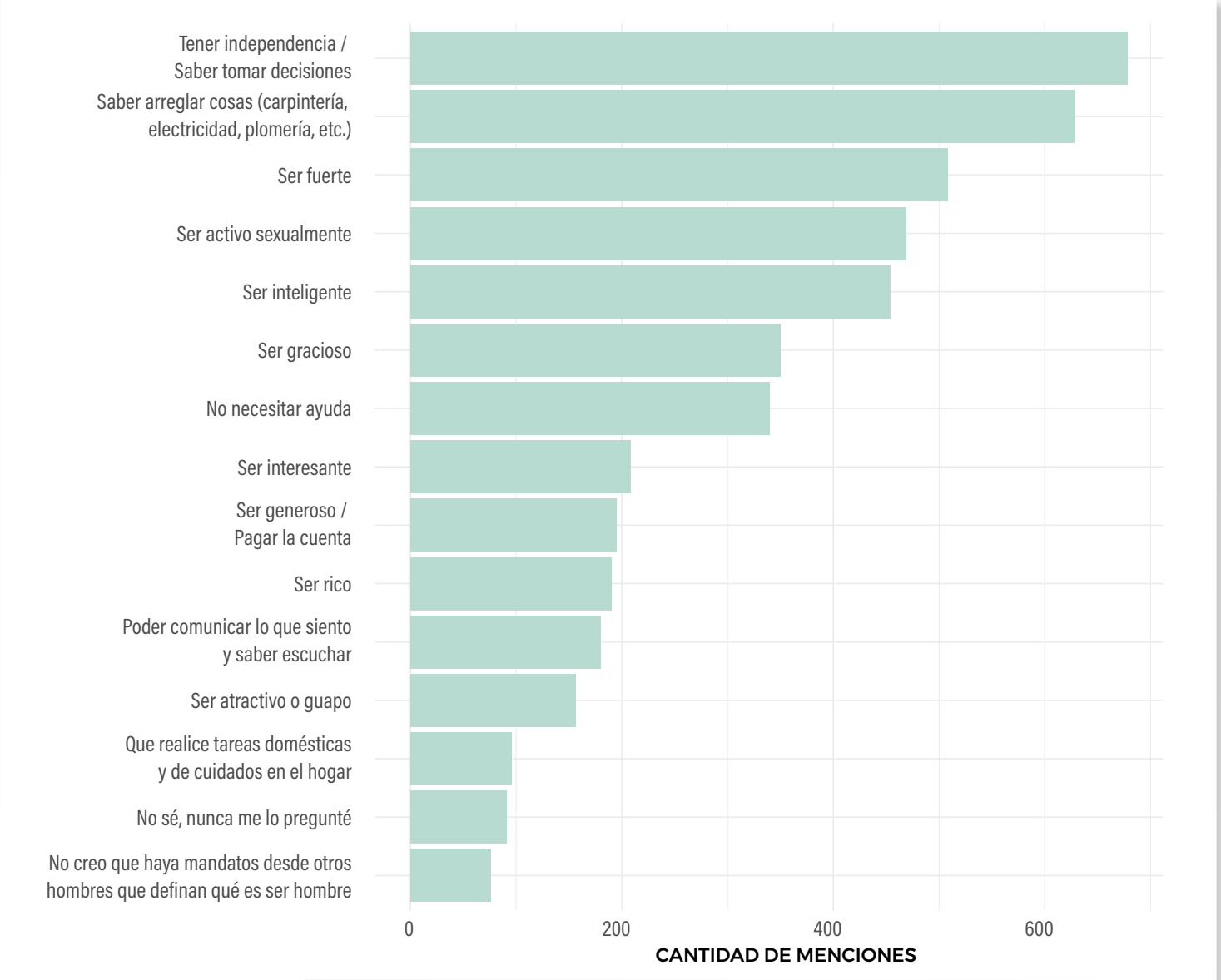
Un informe de Ecofeminita y Oxfam para pensar nuevas narrativas que nos permitan dialogar con los varones sobre la potencia de su participación en la organización social de los cuidados.

VER INFORME

LO QUE SÍ Y LO QUE NO: MANDATOS DE LA MASCULINIDAD

Cuando se preguntó a los encuestados qué creen que otros hombres valoran en ellos, las respuestas se centraron en atributos ligados a **la autosuficiencia y la resolución material:** independencia, capacidad de tomar decisiones, fuerza física, destreza manual y potencia sexual.

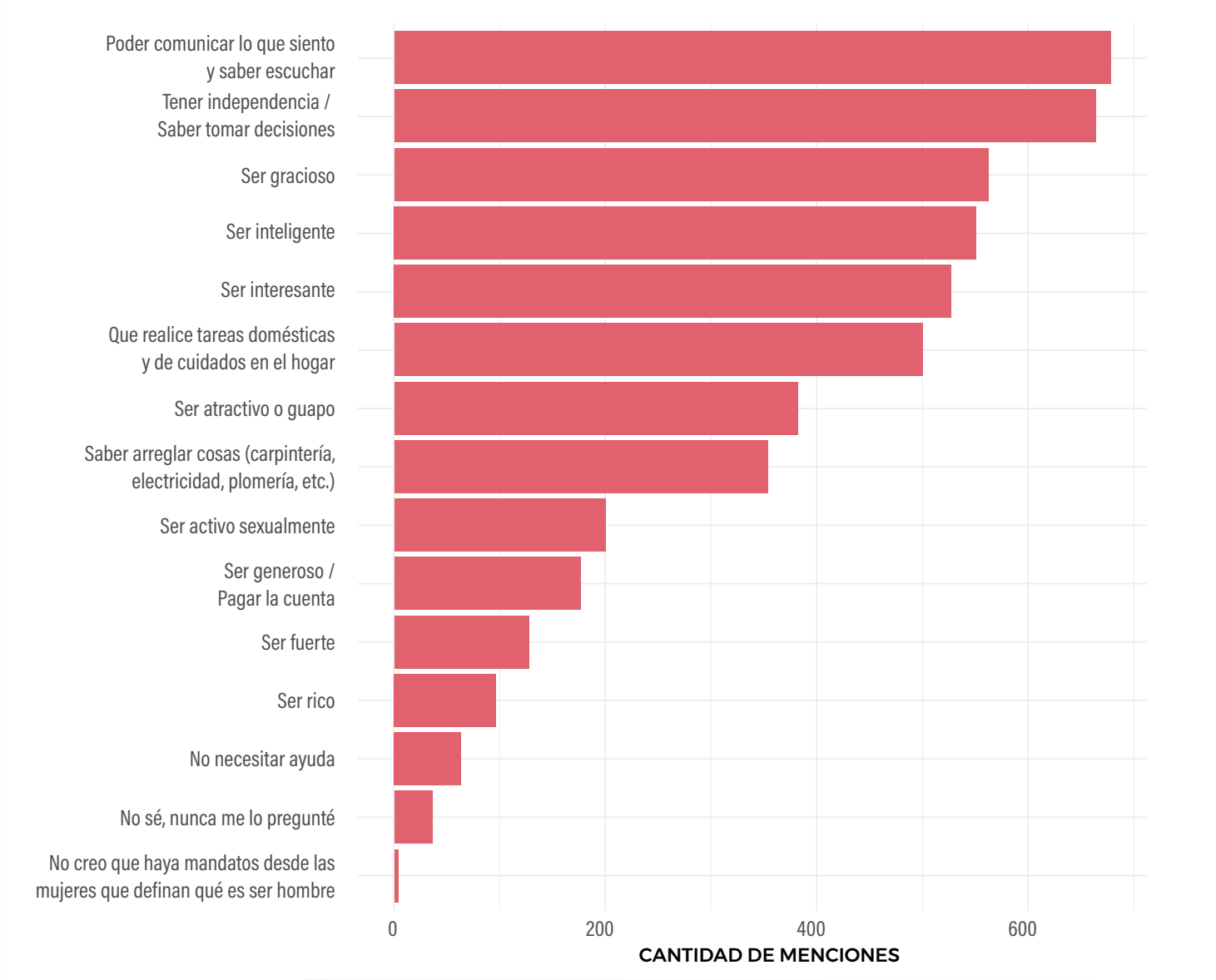
> **En otras palabras, entre pares predomina la validación de un modelo masculino tradicional, asociado al control, la fortaleza, el éxito sexual y la capacidad de resolver sin ayuda.**



Características que otros hombres valoran de mí

En contraste, al reflexionar sobre qué creen que las mujeres valoran en ellos, el panorama cambia. Aquí ganan protagonismo la comunicación emocional, la escucha, el sentido del humor y la disposición al cuidado y a la realización de tareas domésticas.

La fuerza, la autosuficiencia y la potencia sexual pierden relevancia, mientras se destacan atributos vinculados a la empatía, el cuidado cotidiano y la capacidad de sostener el bienestar en los vínculos.



Características que las mujeres valoran de mí

Este contraste es revelador: aquello que sostiene el prestigio masculino entre varones (fortaleza, virilidad, autosuficiencia) no es necesariamente lo que se percibe como valioso en otros vínculos. En la mirada atribuida a las mujeres, en cambio, emergen con fuerza las habilidades ligadas a la reproducción del bienestar social, relacionadas con el cuidado y el acompañamiento.

Ahora bien, más allá de las diferencias, también aparecen **valores compartidos**: la capacidad de tomar decisiones, la independencia y la inteligencia. Tal vez se trate de atributos básicos que se esperan de cualquier persona adulta responsable, pero el sentido que adquieren varía. Desde la mirada atribuida a las mujeres, estos rasgos pueden leerse como un **reclamo frente a desigualdades persistentes:** muchas mujeres siguen experimentando que sus pares hombres delegan en ellas la organización y la toma de decisiones, especialmente en el hogar y los cuidados. En ese contexto, se valoran la autonomía y la capacidad de decisión, y en particular a los hombres que asumen responsabilidades y permiten distribuir tareas de manera más equitativa.

Desde la mirada atribuida a los varones, en cambio, estos mismos atributos se asocian más con **la autosuficiencia y el liderazgo:** cualidades esperadas en la competencia entre pares y en la validación de un modelo tradicional de masculinidad, vinculado a la provisión económica y al "macho alfa", fuerte y confiable para guiar a otros. Así, "ser independiente" o "saber decidir" aparece menos como respuesta a carencias concretas y más como un símbolo de estatus, eficacia y control.

¿Y SI NO ERES LO QUE SE ESPERA DE TI?

El contraste entre lo que valoran hombres y mujeres muestra tensiones profundas en torno a la masculinidad. Pero más allá de cómo se construyen esas miradas, los mandatos tradicionales tienen un efecto concreto en la vida de los hombres: modelan sus vínculos, condicionan sus elecciones y, en muchos casos, impactan directamente en su salud y bienestar.

En su ensayo *Varones y feminismos. Entre la incomodidad, el miedo y el cinismo*, Ariel Sánchez y Lucas Hernán Vialey[1], **nos hablan de los espacios de homosocialización** —aquellos donde los varones interactúan y construyen vínculos principalmente entre pares— como escenarios privilegiados donde se refuerzan los mandatos más

[1] Sánchez, A., & Vialey, L. (2021). Varones y feminismos. Entre la incomodidad, el miedo y el cinismo. Fabbri, L.(comp) La masculinidad incomodada. Rosario: Editorial de la Universidad Nacional de Rosario y Homo Sapiens.

tradicionales y se forjan las identidades masculinas, algo que los resultados de la encuesta parecen confirmar al mostrar que entre varones se siguen privilegiando valores propios de la masculinidad tradicional. *Los varones se hacen entre varones para la mirada de otros varones, y esto que es espectáculo construido para la mirada de otros, al mismo tiempo se fabrica en una estructura invisible y silenciosa que parecería no llevar "marca de género",* dicen, dando cuenta de que la búsqueda de reconocimiento funciona como motor central de la identidad masculina y el temor a perderlo condiciona conductas y discursos.

Esta necesidad constante de validación convive con la invisibilidad social de la norma masculina, esa idea de que los varones cis "no tienen género" y, como vemos en sus respuestas, se traduce en pruebas y performatividades que premian la potencia y la autosuficiencia mientras sancionan la vulnerabilidad o la falla. ¿Cómo desarmar estas dinámicas que parecen naturales? ¿Qué estrategias podrían permitir visibilizar las tensiones entre los mandatos visibles y aquellos más ocultos, que se transmiten bajo la apariencia de neutralidad o naturalidad?

Luciano Fabbri[2] advierte que todavía queda mucho por hacer para visibilizar los efectos concretos que los mandatos de masculinidad tienen sobre los propios hombres. Si bien en la discusión pública suele aparecer la idea de que "los hombres no pueden llorar o expresar sus emociones", esa es apenas "la punta del iceberg". Detrás de esa superficie, explica, se acumulan consecuencias mucho más graves y poco reconocidas:

> ***El hecho de vivir en promedio entre cinco y siete años menos que las mujeres, de suicidarnos tres veces más, de que la violencia interpersonal sea la principal causa de muerte en la mayoría de las franjas etarias de los hombres, y sobre todo en las juventudes, de que haya mayor consumo problemático de sustancias, que la cirrosis hepática sea la tercera causa de mortalidad de los hombres adultos, son datos concretos con evidencia empírica…***

Estos datos muestran que los mandatos de autosuficiencia, dureza y control tienen efectos concretos en las formas de vivir, enfermar y morir de los hombres. Sin embargo, como advierte Fabbri, **el problema no es el dato en sí, sino la batalla por su interpretación: lejos de contradecir la existencia del patriarcado, lo que revelan es cómo el mismo sistema que impone estos mandatos también sumerge a la**

[2] Fabbri es Doctor en Ciencias Sociales (UBA), Lic. en Ciencia Política (UNR) e integrante del Instituto Masculinidades y Cambio Social

mayoría de los hombres a trayectorias vitales atravesadas por malestares, riesgos y violencias naturalizadas.

Otro aspecto que destaca Fabbri es la distancia creciente entre esos mandatos normativos de masculinidad —ser proveedor, exitoso, competitivo, y siguiendo todo esto, deseable— y la realidad de un contexto signado por la precarización laboral y vital:

> *La socialización para el privilegio sin posibilidad real de alcanzar ese privilegio implica costos.*

Hoy, muchos varones jóvenes no pueden cumplir con esas expectativas: no logran independizarse de la casa familiar, acceder a una vivienda, sostenerse con un solo trabajo o cumplir con la idea de éxito económico. De acuerdo con datos del Banco de Desarrollo de América Latina y el Caribe (CAF), en la región el déficit habitacional afecta a más de 23 millones de personas, y el precio de la tierra suele duplicarse cada 6 a 10 años, mientras que los ingresos medios de los hogares lo hacen recién cada 80. En este contexto, la edad promedio de la emancipación del hogar parental alcanza los 28 años, lo que retrasa los proyectos vitales que antes se consideraban parte del "éxito masculino" (formar una familia, comprar una casa, sostener económicamente un hogar). A su vez, la alta informalidad laboral (que asciende a casi el 50% a nivel regional) y los bajos salarios reales hacen que sostenerse con un único empleo sea cada vez más difícil.

Allí se abre una tensión porque se los interpela como sujetos privilegiados, pero en su experiencia cotidiana no logran reconocerse en esa posición, ya que las promesas de la masculinidad normativa les resultan inalcanzables. El resultado son frustraciones, consumos problemáticos, violencias hacia otres y autoinfligidas, y padecimientos de salud que se derivan de haber sido formados para ocupar una posición dominante a la que no acceden.

Por eso, Fabbri sostiene que no alcanza con hablarle a los hombres solo desde la denuncia de sus privilegios. Es necesario construir narrativas que, sin negar la existencia de esas desigualdades estructurales, muestren también cómo el patriarcado y el capitalismo producen infelicidad colectiva, con especificidades y agravantes de género, pero que no afectan de manera exclusiva a mujeres y diversidades. En sus palabras:

> *Hay que poder construir narrativas incluso que comprendan en su construcción que los hombres son sujetos de género, pero sin que se limiten a ser*

> ***narrativas de género: que podamos hablarle a los hombres sobre las consecuencias de la precarización laboral y material, la imposibilidad del acceso a la vivienda, la creciente frustración que viven los hombres en los sistemas educativos… y hay que poder narrarlo de manera tal que no resulte instrumental...***

En suma, los aportes de Fabbri nos invitan a pensar en estrategias que hagan visibles los efectos negativos de los mandatos de masculinidad sin caer en la victimización, y que conecten esas experiencias con agendas colectivas más amplias. No para relativizar las desigualdades estructurales que afectan a mujeres y diversidades, sino para abrir caminos de identificación que permitan a los hombres reconocerse como sujetos atravesados por el género y encontrar en esas fisuras una motivación real para transformar sus formas de ser y vincularse.

En esta misma línea, Fabián Tierradentro[3] señala un cambio de paradigma en las estrategias de trabajo con ellos. Mientras que antes se partía de la identificación de los privilegios y de las violencias ejercidas —con el riesgo de generar rechazo y abandono de los espacios—, en experiencias más recientes se abrió paso a otra vía: interpelar a los hombres desde las miserias de sus propias vidas y subjetividades. Como explica:

> ***A los varones los convoca más hablar de sus propias miserias, de cómo afecta el machismo, el patriarcado, los mandatos de masculinidad en su propio cuerpo, en sus propios vínculos, que hablar de las violencias que se ejercen. Ahí hay un cambio de paradigma en relación al abordaje de las situaciones de violencia en asistencia con varones.***

Este enfoque permite abrir conversaciones desde un lugar de reconocimiento de los malestares cotidianos, mostrando cómo los mandatos de masculinidad impactan en la salud, los vínculos y la vida concreta de ellos. Y a partir de allí, generar condiciones más propicias para cuestionar las violencias y trabajar en transformaciones profundas.

En conclusión, si hacemos foco en los valores que los encuestados atribuyen a la mirada de las mujeres, los datos muestran un corrimiento hacia atributos vinculados a la comunicación, la escucha y el cuidado. Esta diferencia contrasta con lo que creen que otros varones valoran, donde predominan la autosuficiencia, la

[3] Tierradentro es integrante de Varones Desobedientes, un colectivo de la zona oeste del conurbano bonaerense que trabaja para problematizar el rol e identidad de los varones.

fuerza o la potencia sexual. La encuesta no permite saber con certeza qué tan conscientes son los varones de este desfasaje, ni cómo procesan esa tensión. ¿Se comportan distinto según si buscan reconocimiento de pares varones o de mujeres? ¿Ajustan sus actitudes en función de cada vínculo? Y, si lo hacen, ¿esos cambios implican transformaciones profundas en su manera de habitar la masculinidad o son movimientos superficiales para resultar socialmente atractivos? Aquí se abre una reflexión más amplia: la adopción de prácticas antes asociadas a lo "femenino" —como expresar emociones o asumir cuidados— ¿puede leerse como un avance hacia relaciones más igualitarias, o corre el riesgo de funcionar como un recurso instrumental que no desarma las jerarquías de género que sostienen la masculinidad normativa?

> **En este sentido, resulta clave construir narrativas que permitan a los hombres reconocer la potencialidad de esos cambios en sus propias vidas: en los cambios concretos que puede traer la ternura, el autocuidado, el cuidado de otras personas, la capacidad de gestionar y comprender las propias emociones y la comunicación como herramientas para vínculos más plenos y menos jerárquicos. La pregunta es cómo presentar estas prácticas no como una imposición moral o una demanda externa, sino como oportunidades para ampliar sus posibilidades de ser y de relacionarse.**

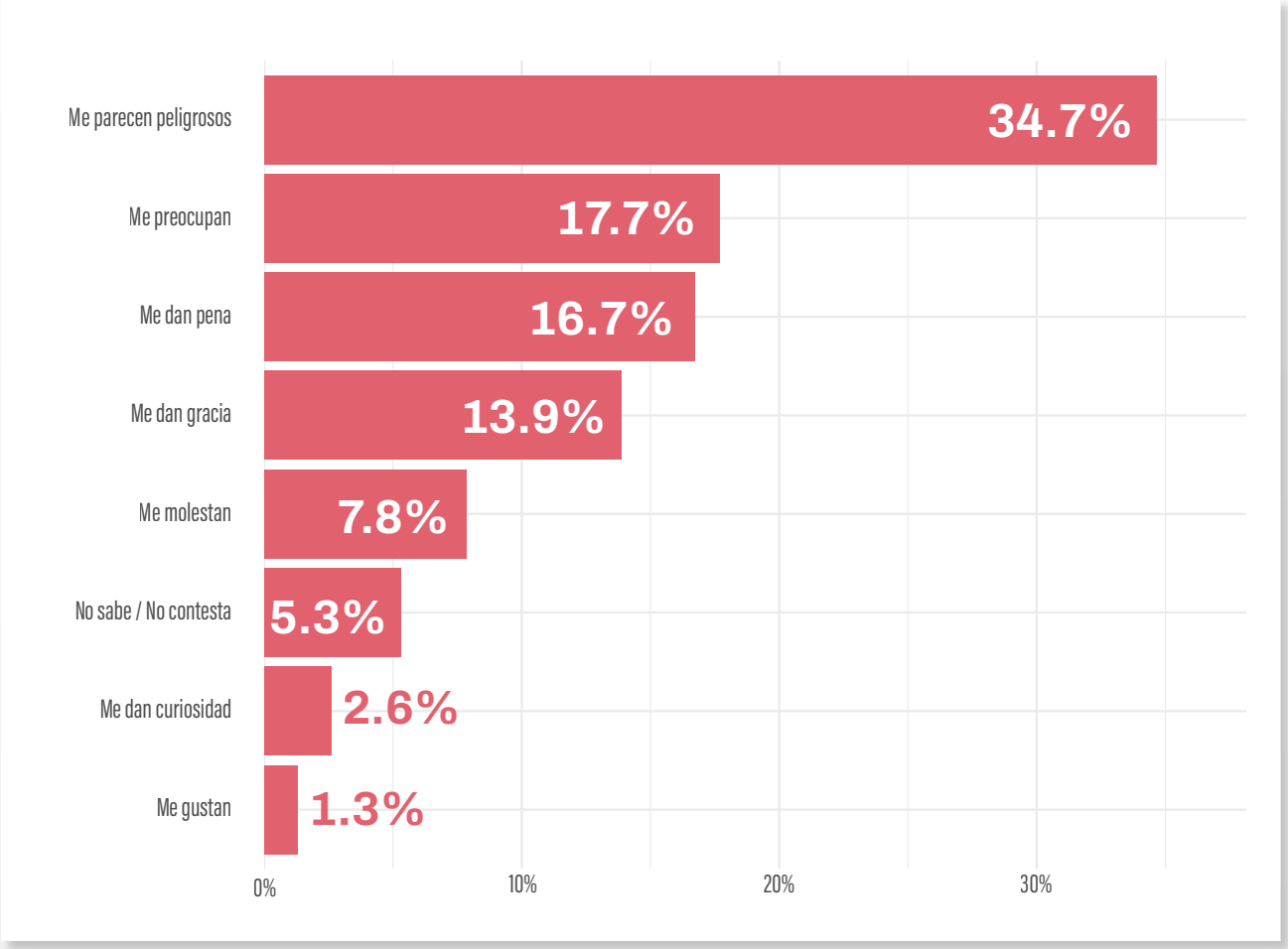
LA "MACHÓSFERA" Y SUS RIESGOS

El contraste entre lo que valoran hombres y mujeres mostró que las habilidades ligadas al cuidado y la emocionalidad ganan terreno frente a la mirada femenina. Sin embargo, en paralelo circulan con fuerza discursos digitales que profundizan y extremizan aún más el modelo de masculinidad tradicional.

En redes sociales y plataformas de video proliferan corrientes como las de los "machos alfa" o los "hombres de alto valor", que ofrecen guiones simples sobre cómo "ser un hombre de verdad": éxito económico, obsesión con el físico ideal, dureza emocional y jerarquías de género rígidas en las relaciones. Aunque se presentan como consejos de autoayuda, estos mensajes se filtran en el consumo cotidiano, modelando expectativas y ofreciendo respuestas fáciles a inseguridades o frustraciones.

Los datos de la encuesta son claros: la mayoría de los encuestados, de una u otra manera, rechaza o no se siente identificado con este tipo de discursos. Casi el 35% los percibe como peligrosos y el 17,8% los ve como preocupantes. También generan pena (16,8%) o molestia (7,9%). En paralelo, un sector los toma en broma (13,8%), lo que puede expresar un rechazo irónico pero también una cierta minimización de su alcance. En conjunto, estos datos muestran que la gran mayoría de los varones no se siente representada por estos discursos extremos, aunque un sector minoritario los mira con curiosidad (2,6%) o simpatiza con ellos (1,3%).

Percepciones sobre contenidos de masculinidad online



Si bien entre los hombres que estuvieron interesados en responder la encuesta predomina el rechazo a las propuestas de la "machósfera", entendemos que estos discursos siguen encontrando audiencia e incluso cierta legitimidad entre algunos de ellos, y que su circulación no es inocua. Es decir, esta diversidad de respuestas da cuenta de un modelo tradicional de jerarquías de género que entró en crisis. Las expresiones de ello no son únicamente los estallidos de movimientos feministas, sino también la renuncia de muchos hombres a aquel modelo tradicional.

> **Detrás del "macho alfa" o del "hombre de alto valor" no hay solo consejos banales, sino un entramado ideológico que reactualiza mandatos tradicionales y propone reponer jerarquías de género en crisis.**

Como señalan Danila Suárez Tomé y Natalí Incaminato en la nota *La misoginia y el backlash antifeminista como parte de la construcción identitaria de las nuevas derechas*, la misoginia no necesariamente implica negar humanidad a las mujeres, sino sostener que su rol es proveer a los varones de servicios codificados como "femeninos" —domésticos, sexuales, de crianza, afectivos o de compañía—. El problema aparece cuando esas expectativas dejan de cumplirse: allí se activa una "masculinidad herida" que castiga a las mujeres que no cumplen su "rol natural", y que no se dejan "dominar" por ellos. En este sentido, la figura del llamado "hombre de alto valor" resulta clave: propone a los varones recuperar un estatus basado en el éxito económico, la autosuficiencia y el control de las relaciones, promoviendo así valores tradicionales asociados a la masculinidad hegemónica.

El componente aglutinador de muchos de estos contenidos es la misoginia como brazo armado del patriarcado, porque el sostenimiento de esa posición de poder requiere que las mujeres sigan ocupando un lugar subordinado de servicio y disponibilidad. Desde esta perspectiva, no sorprende que discursos misóginos —como los de los machos alfa o los *criptobros*— circulen con fuerza en contextos digitales: ofrecen un guión claro para recomponer un orden jerárquico en crisis y, al mismo tiempo, funcionan como una reacción frente a la erosión del pacto patriarcal que aseguraba a los varones acceso automático a esos "servicios", entre los que los cuidados tienen un rol protagónico.

El equipo del Instituto para el Desarrollo de Masculinidades Anti Hegemónicas (IDMAH) coincide en que los discursos de "macho alfa" no son un fenómeno aislado, sino que se apoyan en una mentalidad patriarcal profundamente instalada en nuestras sociedades. Estos mensajes señalan y refuerzan comportamientos machistas normalizados y distintas formas de violencia sistémica que anulan la

experiencia tanto de las mujeres como de los varones e identidades que no encajan con el estereotipo.

Un punto crítico que destacan es la minimización de estos contenidos por parte de algunos varones: aunque parezcan "chistes" o bromas inofensivas, en realidad funcionan como mecanismos de normalización de la violencia cotidiana. Como advierten desde el IDMAH, el humor sexista refuerza jerarquías y legitima desigualdades.

Entre los efectos concretos que estos discursos generan, el Instituto menciona:

- ***Refuerzo del pacto patriarcal:*** perpetúan patrones de violencia machista y naturalizan conductas dañinas.
- ***Jerarquías y miedo a la vulnerabilidad:*** imponen un ideal masculino rígido basado en el dominio, el éxito económico y la autosuficiencia, penalizando cualquier muestra de fragilidad.
- ***Violencia en los espacios de trabajo:*** según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el 23% de los trabajadores del mundo ha sufrido violencia en sus empresas, muchas veces vinculada a conductas patriarcales reforzadas por estos modelos.
- ***Perpetuación desde la juventud:*** prácticas como el bullying muestran cómo estos patrones se aprenden temprano y condicionan el desarrollo de quienes agreden y de quienes son agredidos.
- ***Desconexión y aislamiento:*** aunque aparentan ofrecer comunidad, en realidad promueven una carrera solitaria e individual donde la empatía y el cuidado son vistos como debilidades.

Estos discursos, advierte el IDMAH, ofrecen un "manual" sencillo sobre cómo ser hombre en un contexto de incertidumbre, apelando a las inseguridades masculinas sobre el éxito, la apariencia o las relaciones. Prometen poder y reconocimiento, pero lo que ofrecen es una ilusión que profundiza la soledad y la desconexión.

Frente a esto, el equipo propone contrarrestar estas narrativas con alternativas que abran espacios de conversación genuina y crítica entre varones:

- Iniciar diálogos constructivos sin juzgar, que ayuden a reflexionar sobre las consecuencias de ciertas actitudes.

- Cuestionar el humor sexista y romper el silencio cómplice.
- Hacer frente a la violencia con conciencia de sus consecuencias legales y sociales, denunciando y señalando conductas dañinas.
- Cultivar nuevas conversaciones que incluyan emociones, vulnerabilidades y dudas, más allá de los temas tradicionales asociados a la masculinidad.

Para el IDMAH, el desafío es ofrecer respuestas a las preguntas legítimas que los jóvenes varones se hacen hoy, evitando que encuentren soluciones fáciles y dañinas en la "machósfera". En un contexto donde la economía de la atención convierte el tiempo y el consumo digital en mercancía, se vuelve urgente ayudar a los hombres a discernir en qué ponen su atención, y a construir vínculos que trasciendan las pantallas y les permitan transformarse en mejores versiones de sí mismos y de sus relaciones con otros.

Los resultados de esta sección dialogan con lo observado en el informe *Varones y cuidados: un compromiso necesario (2024)*, realizado junto a Oxfam, donde se describía el crecimiento de espacios digitales misóginos como parte de una reacción conservadora frente al avance de los feminismos. En comparación, los datos actuales muestran que si bien estos discursos siguen circulando con fuerza, también crece el rechazo hacia ellos dentro de los propios varones, lo que sugiere un posible cambio en las sensibilidades masculinas de la región.

¿QUÉ MASCULINIDADES QUIEREN FOMENTAR ELLOS MISMOS?

Frente a este panorama, la siguiente nube de palabras ilustra las características que los encuestados creen que deberían promoverse en los hombres, y abre otro eje de análisis. Aquí se destacan términos como la empatía, las emociones, la comunicación, la sensibilidad, la responsabilidad, el cuidado, la solidaridad y el respeto.

Este contraste es significativo: mientras los discursos de la "machósfera" ofrecen fórmulas de dominio y autosuficiencia, la mayoría de ellos reconoce la necesidad de cultivar atributos que amplíen sus posibilidades de ser y de vincularse. Lo interesante es que no se trata de características "neutrales": son justamente cualidades que históricamente han sido relegadas al mundo femenino y que la masculinidad hegemónica ha despreciado o incluso sancionado. Que los propios varones las reconozcan como necesarias muestra dos cosas a la vez: por un lado, que son conscientes de los límites de los mandatos tradicionales y, por otro, que desean ampliar su repertorio emocional y relacional hacia prácticas más solidarias y cooperativas.

El cuidado nos une:

DE LA CARGA INDIVIDUAL AL DERECHO COLECTIVO

OXFAM

ECOFEMINITA

En este sentido, puede leerse como una ruptura con los roles de género tradicionales: frente a una “machósfera” que promete estatus a cambio de más rigidez, son los propios hombres quienes señalan que lo que falta no es potencia sexual o fuerza física, sino escucha, empatía, solidaridad, de cuidarse y de cuidar. En otras palabras, reconocen que esas cualidades “poco masculinas” son, en realidad, las que hacen falta para sostener el bienestar colectivo y mejorar sus propios vínculos.

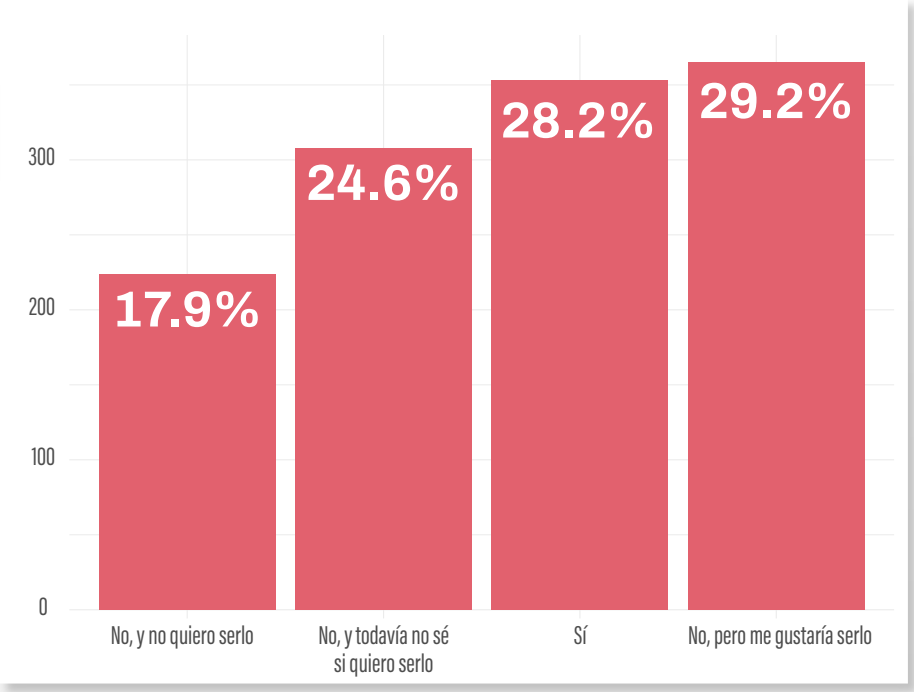
> **El desafío está en acompañar esta intuición —todavía incipiente, pero evidente— con narrativas, políticas y espacios de socialización que permitan a los hombres incorporar estas prácticas no como una imposición externa, sino como herramientas de libertad, bienestar y vínculos más plenos.**

EXISTE EL DESEO DE PATERNAR, pero no los derechos y las condiciones para hacerlo

Hablar de paternidad es hablar de un espacio clave donde se cruzan las herencias del mandato masculino y los intentos por construir un legado distinto. En esta sección exploramos cómo viven los hombres encuestados su experiencia como padres (o su deseo o no de serlo), qué acceso tienen a licencias parentales, y cómo perciben los cambios generacionales en el rol paterno.

Del total de encuestados, un 28,2% declaró ser padre (353 personas). Otro 29,3% no lo es, pero le gustaría serlo, mientras que un 24,6% no está seguro y un 17,9% afirma que no desea serlo. Estas cifras muestran que, más allá de los cambios culturales, la paternidad sigue siendo un horizonte importante para muchos hombres, aunque no de manera unánime.

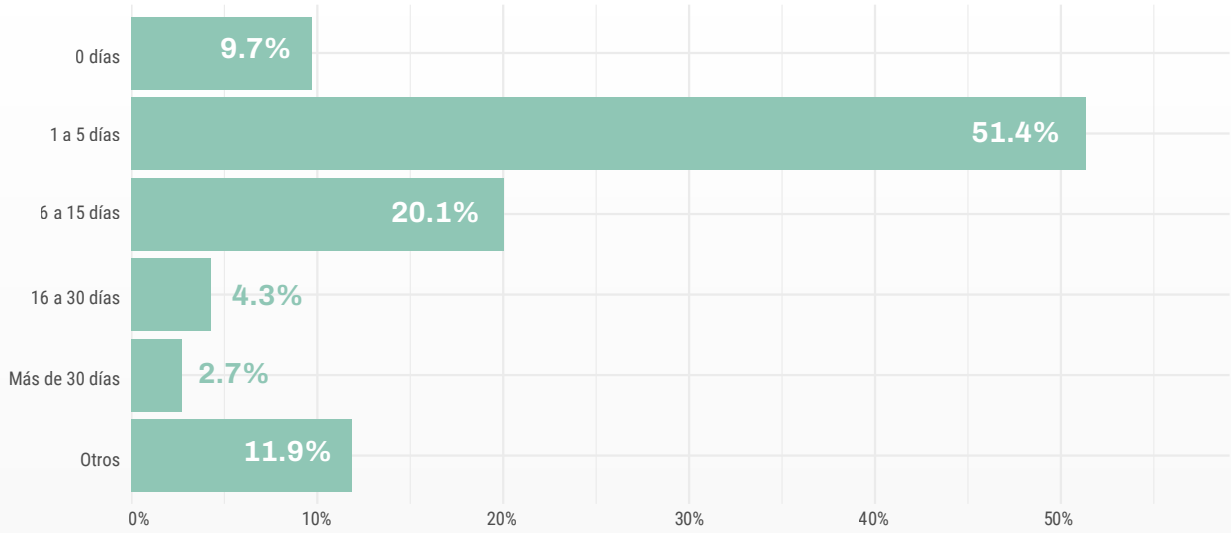
¿Eres padre?



LICENCIAS DE PATERNIDAD: UN DERECHO AÚN INSUFICIENTE

La encuesta confirma que las licencias de paternidad en la región son extremadamente cortas. Más de la mitad (51,4%) de los padres accedió a entre 1 y 5 días de licencia; un 20,1% tuvo entre 6 y 15 días; apenas un 4,3% tuvo entre 16 y 30 días; y sólo un 2,5% logró una licencia mayor a un mes. A su vez, 9,7% de los padres no tuvo ningún día de licencia de paternidad.

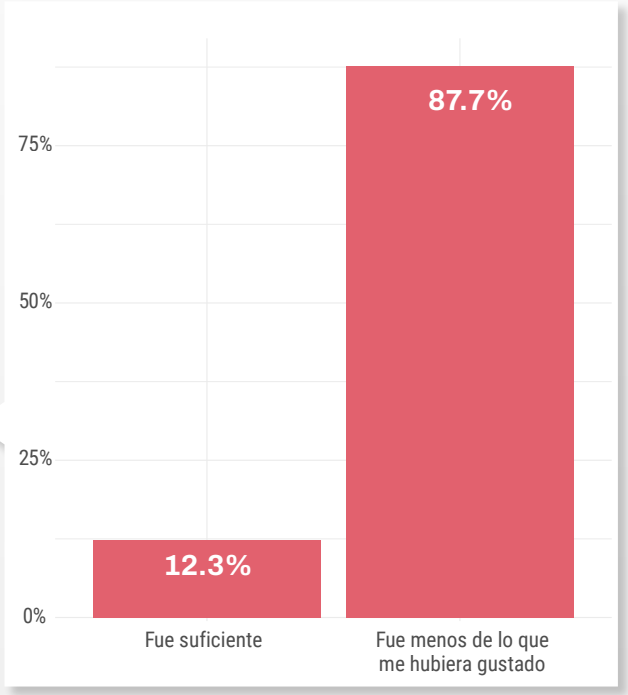
Tramos de licencia parental tomada por padres



Nota: La categoría 'Otros' incluye: No recuerda, No Sabe, Otro/Ambiguo

No sorprende entonces que exista un consenso casi total sobre su insuficiencia: casi el 88% de los padres considera que el tiempo de licencia que tuvieron fue menos de lo que les hubiera gustado, frente a apenas un 12,3% que lo vio suficiente.

¿Te pareció suficiente la licencia que te tomaste?



La relación entre los días de licencia tomados y la percepción de suficiencia es contundente: cuanto más breve la licencia, mayor la insatisfacción. Entre quienes solo tuvieron entre 1 y 5 días (el tramo más frecuente), más del 95% consideró insuficiente el tiempo de licencia. Incluso entre quienes accedieron a licencias algo más extensas (6 a 15 días), más del 90% expresó que hubiera querido más.

La percepción comienza a matizarse recién cuando la licencia alcanza al menos dos semanas: en el tramo de 16 a 30 días, casi la mitad de los padres (43%) la consideró suficiente. Y en el caso de quienes superaron el mes, la proporción que se mostró conforme creció hasta el 38%, aunque la mayoría quisiera más días de licencia.

El gráfico deja en claro que la vara actual es muy baja: los pocos que acceden a licencias mayores a 15 días son también los únicos que empiezan a percibir cierta suficiencia. Sin embargo, incluso en el grupo que tuvo más de 30 días, más del 60% consideró que el tiempo no alcanzó.

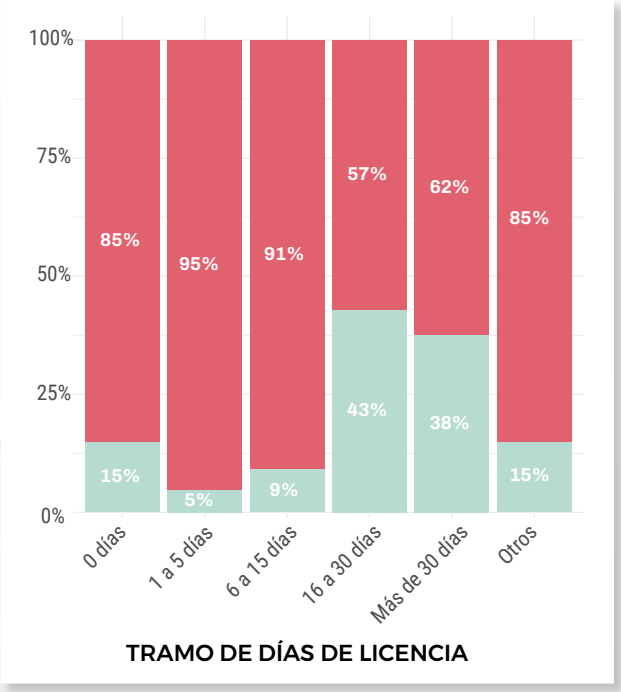
Por lo tanto, el problema no radica en expectativas desmedidas de los padres, sino en la brevedad estructural de las licencias disponibles.

> **Hoy, la norma sigue siendo que los padres tengan apenas unos días para acompañar la llegada de un hijo o hija, lo que reproduce la idea de que el cuidado es responsabilidad casi exclusiva de las madres, incluso cuando ellas participan activamente del mercado laboral.**

Que la conformidad aumente a partir del mes no debería llevar a pensar que ese es un techo suficiente, sino más bien que es el piso mínimo desde el cual empezar a discutir un esquema más equitativo de derechos.

Percepción de suficiencia según días de licencia tomados

- Fue menos de lo que me hubiera gustado
- Fue suficiente



Nota: La categoría 'Otros' incluye: No recuerda, No Sabe, Otro/Ambiguo

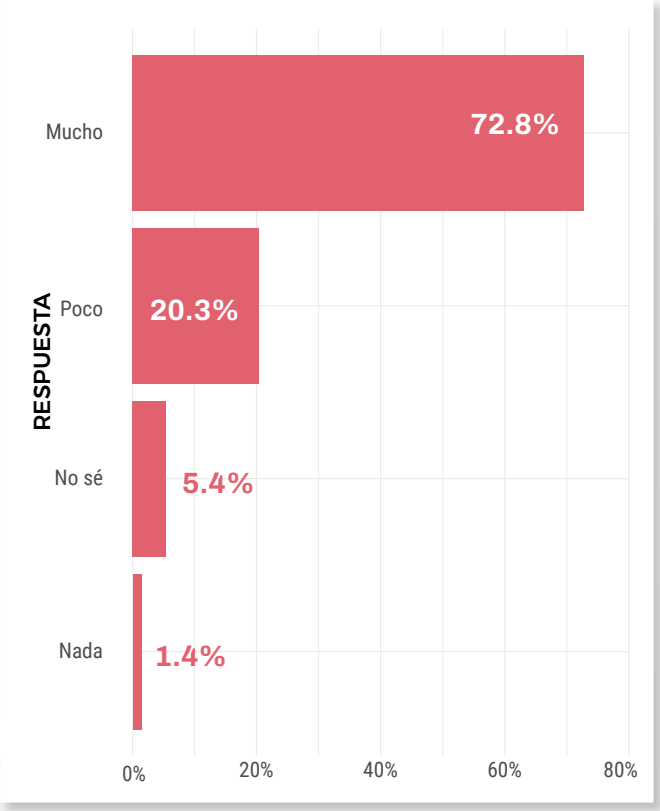
En este sentido, resulta curioso que los testimonios cualitativos muestran que la palabra "licencia" casi no aparece en las respuestas abiertas sobre paternidad (sólo tres encuestados mencionaron el término). En su lugar, aparecieron con mayor frecuencia otras expresiones no previstas en la encuesta, pero que resultan significativas: pañales (15 menciones), violencia (10 menciones) y abandono/ausente (20 menciones). El término pañales se utiliza casi como símbolo de la asunción de nuevas tareas vinculadas al cuidado; violencia se asocia a prácticas más frecuentes en el pasado que en la actualidad; y abandono/ausente refleja una característica repetida en las paternidades del pasado y el presente.

Los testimonios recogidos ilustran con claridad esta perspectiva: *"Mi viejo no cambió ni un pañal, jamás se levantó a la madrugada, nunca supo cómo bajar la fiebre ni nada"*. Otra persona señala como un cambio central el hecho de *"estar presente en sus fechas importantes"*. Estos relatos muestran que el umbral desde el cual se mide la transformación es mínimo: el punto de partida es la figura del padre que no cuida, que incluso se ausenta o abandona, ya sea física o simbólicamente. Reconocer este piso resulta clave para comprender cómo se construyen hoy las referencias sobre paternidades y cuidados.

¿NUEVAS PATERNIDADES?

La gran mayoría de los encuestados percibe que el rol de la paternidad ha cambiado significativamente en relación con la generación de sus padres. Más del 93% considera que hubo transformaciones, aunque con distintos matices: el 72,8% afirma que el rol de las paternidades ha cambiado "mucho", mientras que un 20,3% cree que ha cambiado "poco". Solo un 1,4% sostiene que no hubo cambios, y un 5,4% no sabe o no responde.

Percepción sobre el cambio en el rol de la paternidad



Más vínculo emocional y mayor presencia

Uno de los ejes más recurrentes en las respuestas abiertas es la valoración de una mayor cercanía emocional de los padres actuales con sus hijes. Se describen figuras paternas que juegan más, escuchan, se involucran en el día a día y muestran afecto de manera más abierta que la generación anterior.

> *"Mayor comunicación, permitirse ser afectuoso"*

> *"Hoy ser papá es estar muy involucrado con tus hijos desde lo emocional hasta lo práctico (ej. cambiar pañales, pasearlo, ir a buscarlo y dejarlo al jardín, acostarlo, darle comida etc, etc, etc)"*

> *"En todo, literalmente, si uso a mi padre y madre como arquetipos, hoy mi hijo está siendo criado por dos madres."*

El contraste con los padres de generaciones anteriores es claro: se los recuerda como más fríos, distantes y autoritarios. También se registra un cambio en la autoridad: el modelo patriarcal del padre-jefe de familia comienza a resquebrajarse. Se habla de vínculos menos jerárquicos y más negociados:

> *"El formato de los castigos/disciplina; la comunicación más amorosa, vínculos más amistosos (a medida que crece el hijo) en vez del estilo patriarca; más paciencia y consentimiento; etc."*

> *"Pienso que los padres hoy tienen mayor apertura emocional con sus hijos que la generación de nuestros padres. Antes imponían qué hacer y qué no, siempre desde un lugar de autoridad y no desde el afecto. El afecto era algo maternal o "afeminado". Ahora siento que es distinto."*

> *"Mayor presencia en la crianza, ser padre cariñoso, ser menos autoritario, escuchar más."*

> *"Estar más presente en la crianza de los hijos, no usar la violencia física para enseñar. Hacer más de mamá y no ser tan padre ausente."*

> *"Ejercer como figura de autoridad."*

En conjunto, estas respuestas permiten ver un corrimiento respecto del padre distante y autoritario que predominaba en generaciones anteriores. Los hombres describen hoy un modelo más cercano, con mayor afecto, juego y escucha, así como vínculos menos jerárquicos y más negociados con sus hijes. Sin embargo,

muchas de estas transformaciones siguen siendo nombradas en clave "materna": expresiones como "hacer más de mamá" o "mi hijo está siendo criado por dos madres" revelan que **el parámetro de referencia continúa siendo lo que históricamente se asoció a las mujeres**, como si fueran prácticas ajenas a la masculinidad. Ambas expresiones ponen en evidencia que, incluso cuando los varones se involucran más, el parámetro de referencia sigue siendo lo materno, lo que refleja tanto un avance en términos de cuidado como una dificultad para construir nuevas referencias masculinas que no se midan en contraste con la figura de la madre.

La paternidad bajo presión social

Si bien el mayor involucramiento emocional actual es percibido como positivo, muchas respuestas abren dudas sobre la profundidad de este cambio. Para varios participantes, lo que está en juego no es tanto una transformación de los mandatos de género, sino una mayor presión social hacia la figura paterna:

"Antes era más fácil ausentarse", sintetizó un participante, expresando que hoy existe una mayor penalización social hacia la figura del padre distante. Otro formuló en términos similares:

> *"He conocido muchos padres amigos que han estado mucho más presentes, así sean ausentes en términos concretos, pienso que hay un poquito más de esfuerzo por estar, o por lo menos aparentar que son presentes, así sea los fines de semana."*

Estas percepciones muestran cómo, en algunos casos, la presencia paterna aparece más como una exigencia externa que como un cuestionamiento interno a los privilegios masculinos. En ese sentido, varios testimonios señalan que los padres *"están más presentes porque está mal visto no estarlo"*.

> *"Cambiar pañales o acompañar a los chicos a una actividad no necesariamente implica un cambio profundo."*

La cautela también se expresa en las diferencias de mirada según los contextos. Varias personas aclaran que hablan "desde su entorno" o "desde una clase media urbana", reconociendo los límites de lo que observan. En paralelo, hay respuestas que reproducen una mirada clasista, al afirmar que "en las clases bajas sigue todo igual" o que "el cambio solo se dio en las clases altas". Este tipo de afirmaciones no solo generalizan, sino que también refuerzan una narrativa que sitúa la desigualdad

de género exclusivamente en sectores populares, omitiendo que las relaciones desiguales y la sobrecarga de cuidados persisten en todos los estratos sociales. Como una idea de que el machismo está allá afuera, en otros sectores, y no en el propio. A su vez, dejan afuera muchas experiencias de organización colectiva de los cuidados que se dan en barrios populares, donde vecines, familiares o redes comunitarias se hacen cargo frente a la falta de recursos. Nombrar esas formas de cuidar también es importante para no seguir reproduciendo un modelo único de familia asalariada, como si esta fuera la norma.

En suma, aunque se reconoce un mayor involucramiento de los padres, buena parte de las respuestas sugiere que este cambio todavía convive con inercias del modelo tradicional. La mayor presencia suele expresarse como una reacción a la presión social más que como una transformación estructural de los mandatos de género. Así, gestos como cambiar pañales o acompañar a les hijes en una actividad aparecen como avances valorados, pero no siempre se traducen en una redistribución real del cuidado ni en una renuncia a privilegios masculinos. Lo que se observa es una paternidad en transición: más atenta a la mirada social y con mayor cercanía emocional, pero aún lejos de constituir un cambio profundo en la organización social del cuidado.

El peso de las condiciones materiales en la era de la precarización laboral

Hasta aquí vimos cómo la presión social y cultural empuja a muchos hombres a implicarse más en la crianza y en el vínculo afectivo con sus hijes. Pero hay otro factor que aparece con fuerza en las respuestas: las condiciones materiales. El involucramiento paterno responde también al deterioro de las condiciones materiales de existencia. La precarización laboral, la inflación sostenida y el aumento del costo de vida han hecho cada vez menos viable el modelo del “padre proveedor único” y esto se condice con la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral en las últimas décadas.

> *“Creo que el padre ya no es el único sostén económico de la familia, aunque no por otra razón sino por la imposibilidad de satisfacer las necesidades materiales con un solo sueldo. Aparte de eso, considero que el rol de padre se mantiene en varios aspectos.”*

> *"Difícil que un solo salario sostenga a una familia. Además tampoco suele ser deseable en las parejas que solo trabaje una parte. No está igual de naturalizada la figura de macho patrón proveedor (según el caso). Se reparten un tanto más las tareas domésticas y quizás de cuidado (todo según los casos, desde lueeeeeeeego)"*

> *"Cambió mucho sobre todo por el contexto, los ingresos en los hogares no alcanzan para sostener la figura de proveedor, la autonomía y derechos que han ganado las mujeres transforman las dinámicas familiares o de pareja y los debates sobre el deseo de maternar/paternar también interpelan a los varones... En este contexto y desde la propia experiencia como hijos, se cuestiona la idea de autoridad y las prácticas violentas asociadas a la paternidad"*

La crisis económica y la precarización de la vida tensionan los mandatos tradicionales de masculinidad. No se trata sólo de un ideal cultural en crisis, sino de una imposibilidad material: *"antes con un sueldo se mantenía una casa y ahora con dos no alcanza"*, sintetizó un encuestado. Esta realidad obliga a una mayor redistribución de algunas tareas del hogar, aunque en los hechos siguen siendo las mujeres quienes cargan con la mayor parte de esas responsabilidades.

Este escenario se conecta directamente con la crisis de los cuidados. Desde que las mujeres ingresaron masivamente al mercado laboral, la demanda de cuidados en los hogares no solo no disminuyó, sino que incluso se incrementó con el envejecimiento de la población. El resultado es una sobrecarga persistente: ellas enfrentan dobles o triples jornadas entre el trabajo remunerado, las tareas domésticas, el cuidado de personas dependientes y el trabajo comunitario.

> **La ecuación es clara: la demanda de cuidados crece, pero la oferta disponible no alcanza. Dentro de los hogares, las mujeres siguen siendo las principales responsables, mientras que ni el mercado ni el Estado han dado respuestas suficientes para cubrir esa necesidad.**

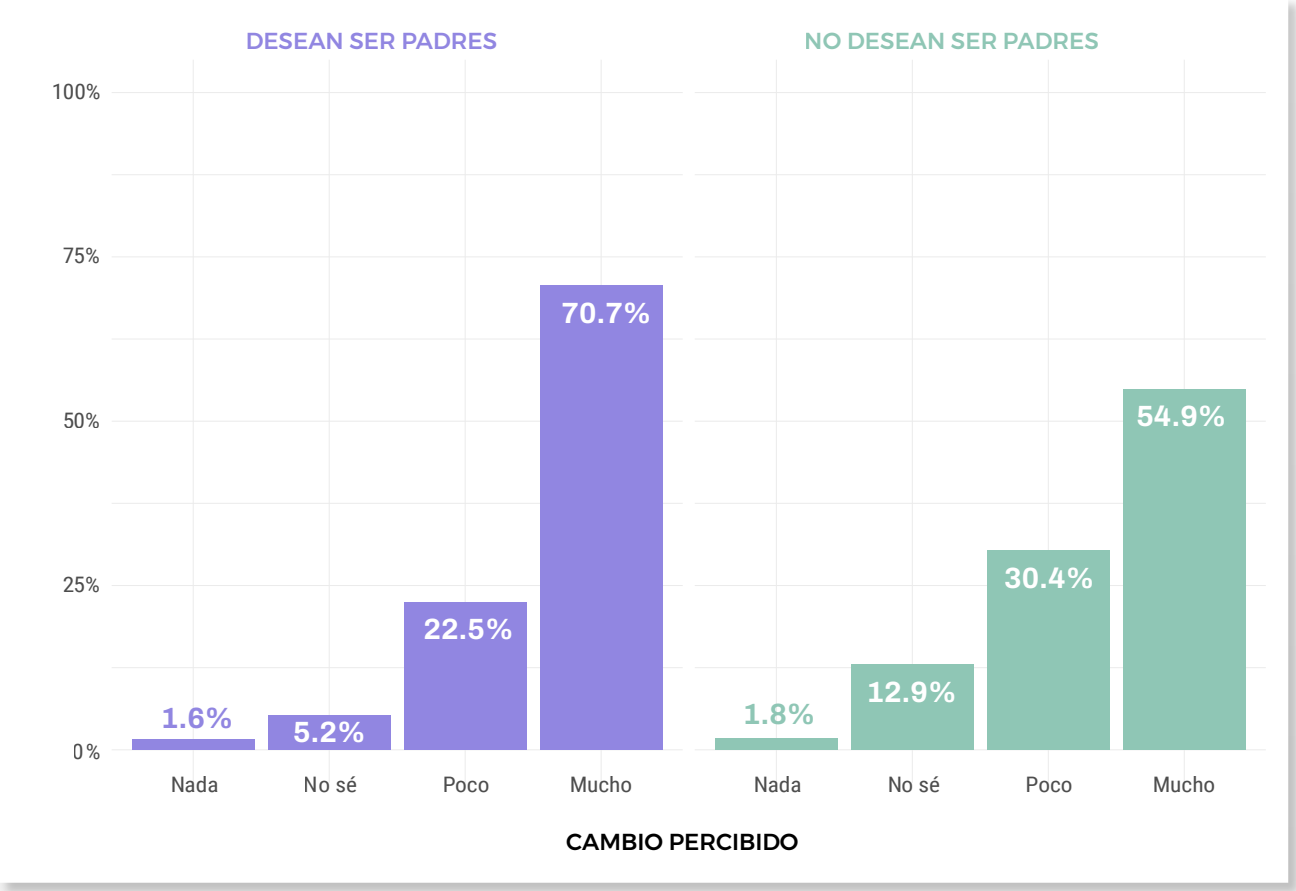
En este contexto, el mayor involucramiento de los varones aparece como un fenómeno ambivalente: por un lado, una oportunidad para avanzar hacia relaciones más equitativas y corresponsables; por otro, una respuesta forzada por la precarización material que no necesariamente implica una transformación profunda en las jerarquías de género.

El cambio según el deseo de paternar

El siguiente gráfico muestra que la percepción del cambio en el rol paterno no es uniforme, sino que varía según el deseo de ser padres. Entre quienes sí desean serlo, predomina una mirada más optimista: un 70,7% considera que el cambio ha sido “mucho”. En contraste, entre quienes no desean ser padres, el porcentaje baja a casi el 55%, y se incrementan las respuestas que relativizan los avances (“poco” o “nada”).

Esta diferencia puede interpretarse de varias maneras. Para quienes proyectan la paternidad como parte de su futuro, es probable que los cambios percibidos sean leídos con mayor entusiasmo, incluso como una oportunidad para construir vínculos distintos de los que tuvieron con sus propios padres. En cambio, quienes no desean ser padres tienden a mirar con más distancia y escepticismo el alcance de esas transformaciones, quizás porque no ven en ellas una experiencia personal deseada o porque perciben que los ajustes son todavía superficiales.

Percepción del cambio en el rol de la paternidad



Más allá de esta divergencia, lo que se desprende es que la percepción de cambio no siempre se traduce en un cuestionamiento de fondo a los mandatos de género. En muchos casos, el "nuevo padre" es visto como aquel que ayuda, acompaña o juega, pero no necesariamente como alguien que comparte de manera igualitaria la responsabilidad de los cuidados. El riesgo es que estas transformaciones queden atrapadas en una zona intermedia: suficientes para distinguirse del modelo del padre ausente del pasado, pero insuficientes para desarmar la estructura que sigue ubicando a las mujeres en el centro de la organización del cuidado.

La paternidad en disputa

Los resultados de la encuesta muestran que la paternidad es un terreno de tensiones. Por un lado, aparecen signos claros de transformación: más presencia cotidiana, mayor cercanía emocional, vínculos menos autoritarios y un involucramiento creciente en las tareas de cuidado. Estas prácticas contrastan con la figura del padre distante o meramente proveedor que marcó a generaciones anteriores, y habilitan imaginar formas de ser padre menos rígidas y más afectivas.

Pero, al mismo tiempo, los datos y los testimonios revelan los límites de esa transformación. El acceso a licencias sigue siendo irrisoriamente bajo, lo que reproduce la idea de que el cuidado es "cosa de mujeres". Incluso cuando los padres participan más, muchas veces lo hacen desde lógicas que siguen asociando el cuidado a lo "maternal" o lo interpretan como una ayuda secundaria, no como una responsabilidad compartida en igualdad.

> **Y aunque casi el 90% de quienes tuvieron licencia considera que fue insuficiente, sorprende la ausencia de un reclamo sostenido por parte de los propios varones para ampliar este derecho. Este silencio no es menor: habla de cómo los mandatos de masculinidad operan también en el terreno de los derechos, limitando la capacidad de los hombres de verse como sujetos con necesidades de cuidado y de organizarse colectivamente para exigir mejores condiciones.**

A esto se suma que, en numerosos casos, el mayor involucramiento no surge de una revisión crítica de los mandatos de género, sino de la precarización material y la imposibilidad de sostener el modelo del padre proveedor, o incluso de la exigencia externa.

En definitiva, la paternidad hoy se encuentra en disputa. Hay avances innegables que muestran la voluntad de muchos hombres de construir vínculos distintos con

sus hijes, pero también persisten inercias culturales, condiciones estructurales y resistencias que frenan cambios más profundos. Reconocer esa ambivalencia es clave: no para desmerecer los pasos dados, sino para señalar que todavía estamos lejos de una verdadera corresponsabilidad en los cuidados.

La pregunta que queda abierta es cómo convertir estas transformaciones incipientes en una agenda colectiva: ampliar derechos como las licencias parentales, generar políticas públicas de cuidado y promover narrativas que permitan a los varones reconocerse como protagonistas de un cambio necesario. Porque lo que está en juego no es solo la igualdad de género, sino también la posibilidad de construir relaciones más justas, afectivas y sostenibles para toda la sociedad.

EL LUGAR DE LOS HOMBRES EN LOS FEMINISMOS: una pregunta abierta

Lo visto en las secciones anteriores nos deja una pista importante: muchos hombres reconocen los límites de los mandatos de masculinidad y expresan deseos de cambio, pero suelen quedarse en el plano individual. La falta de organización colectiva, la dificultad de transformar privilegios en corresponsabilidad real y la ausencia de reclamos por derechos propios, como las licencias de paternidad, muestran que todavía hay mucho por hacer. Esa misma tensión reaparece cuando se les pregunta por su relación con los feminismos.

> **En los últimos años, desde Ecofeminita y Oxfam hemos visto cómo una pregunta se repite en debates, redes y conversaciones cotidianas: ¿cuál es el lugar que deberían ocupar los hombres en los feminismos?**

No es un interrogante menor. Tras una década de marea feminista y expansión de los debates sobre igualdad de género, asistimos hoy a una reacción creciente de discursos antifeministas y conservadores. En ese contexto, comprender cómo se posicionan los hombres frente a los feminismos es clave para construir estrategias efectivas de diálogo y transformación.

El informe Varones y cuidados: un compromiso necesario (2024) ya había mostrado un mapa complejo: desde hombres abiertamente opositores, aferrados a roles tradicionales de género y narrativas que niegan la desigualdad, hasta otros que simpatizan con el feminismo, pero que no encuentran un modo claro de involucrarse, en parte por las profundas resistencias sistémicas que les permita ser parte sustantivamente. Entre esos extremos, aparece un grupo intermedio que, sin definirse como feminista, tampoco rechaza la agenda de igualdad, aunque requiere narrativas y espacios más cercanos y menos intimidantes. Allí se abre una oportunidad para tender puentes.

Ese informe también reveló que ciertos públicos muestran mayor apertura: padres que desean involucrarse más en la crianza, hombres que reconocen el peso de los mandatos de la masculinidad tradicional sobre sus vidas, y quienes ya apoyan principios feministas, pero necesitan referentes y herramientas para pasar del reconocimiento individual a la acción colectiva. La paternidad, en particular, se destacó como un punto de entrada potente: muchos hombres expresan querer participar más de la vida de sus hijos e hijas, aunque se vean limitados por licencias insuficientes, prejuicios culturales o falta de ejemplos de corresponsabilidad.

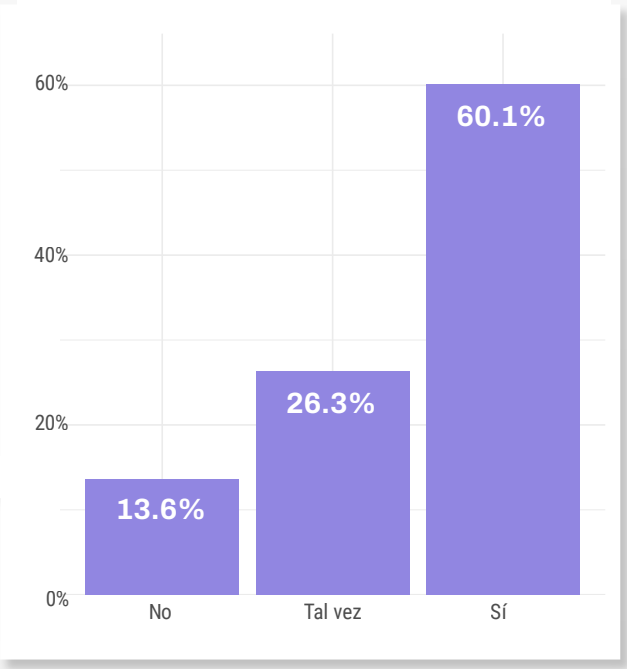
En este apartado retomamos ese punto de partida para analizar cómo los hombres encuestados hoy perciben el impacto de los feminismos en sus vidas y cómo responden a dos preguntas centrales: **si consideran que los feminismos pueden aportar algo valioso a sus propias vidas y, a la inversa, si sienten que ellos mismos tienen algo para aportar a los feminismos**. Queremos ir más allá de la dicotomía "a favor" o "en contra" y entender las razones, miedos, expectativas y experiencias que moldean esas posiciones.

> **Porque sabemos que las narrativas feministas que inviten, que muestren beneficios concretos y que conecten con las vivencias cotidianas de los hombres, pueden ser una herramienta clave para ampliar alianzas y fortalecer la lucha por una sociedad más justa e igualitaria.**

¿EL FEMINISMO MEJORA LA VIDA DE LOS HOMBRES?

El 60,1% de los hombres encuestados cree que los feminismos pueden mejorar su vida, un 26,3% duda y un 13,6% lo niega. Estas respuestas se organizan en tres posiciones: rechazo, ambivalencia y afirmación.

¿Crees que los movimientos feministas pueden mejorar la vida de los hombres?



Rechazo: el feminismo como amenaza

Un 13,6% de los encuestados respondió que no cree que los movimientos feministas puedan mejorar las vidas de los hombres. Este grupo se caracteriza por sentimientos de exclusión, desconfianza o rechazo hacia el feminismo. Identificamos tres ejes principales:

1) Se sienten excluidos o atacados

Muchos hombres manifiestan sentir que el feminismo los "deja afuera", los estigmatiza o los ve como enemigos. Expresan ideas como "nos llaman abusadores", "odio hacia los hombres", "no nos incluyen". Este malestar puede estar vinculado con la falta de espacios que interpelen positivamente a los hombres o los acompañen en sus procesos de cambio.

En algunos casos, se plantea que el feminismo no tendría por qué mejorar la vida de los hombres, dado que se entiende como un movimiento centrado en las mujeres y sus problemáticas. En esta línea, algunos sostienen que la transformación de las masculinidades es una tarea que corresponde a los propios hombres, y no a las mujeres ni a los feminismos.

Algunas citas ilustrativas:

> *"Solo afectan la autoimagen masculina y nos llaman abusadores por generalidad y sin presunción de inocencia. Muy mal."*
>
> *"Por ahí si buscamos la teoría sí lo harían, pero hoy por hoy hay mucha violencia en estas marchas/agrupaciones cuando un hombre quiere participar."*
>
> *"No, actualmente lo que veo de movimientos feministas, hablando desde lo personal, me transmiten más violencia y desprecio por el género contrario, que otra cosa. Creo que debería haber un movimiento por la igualdad de género, el cual no considero que sea un movimiento feminista. Simplemente algo neutro."*
>
> *"Porque se enfocan más en su género y es más punitivo hacia el masculino."*
>
> *"No necesariamente. Si bien buscan concientizar respecto a las prácticas machistas imperantes en la sociedad actual, el enfoque de crítica destructiva constante a quien no entiende su error y frases como 'al macho escracho' no*

> *brinda un espacio para una crítica constructiva que permita un crecimiento genuino. No se busca la igualdad de género, sino un reposicionamiento de lo femenino como el género dominante, donde el hombre no puede opinar ni criticar salvo que quiera ser tildado de machirulo."*

En síntesis, estas respuestas no siempre expresan un rechazo al horizonte de igualdad, sino más bien una incomodidad frente a cómo se perciben a sí mismos dentro del movimiento. La sensación de estar "afuera" o de ser vistos como enemigos revela una demanda latente de espacios donde los varones puedan repensarse sin sentirse señalados. El desafío está en transformar esa incomodidad en un punto de partida para la reflexión y no en una excusa para replegarse.

2) "Se pasaron tres pueblos"

Otra percepción frecuente es que el feminismo se volvió "radical" o "extremista". Algunos incluso lo asocian con "fascismo" y "odio hacia los hombres". Aparece la idea de que se instaló una lógica que "juzga y castiga" sin matices, en la que se denuncian conductas sin presunción de inocencia.

Algunas citas:

> *"Los movimientos feministas se fueron a extremos (en algunos casos) y producen el efecto reverso en los hombres y en la comunidad. Nos alejan más que acercar."*

> *"Los movimientos feministas están sesgados políticamente y están contaminados con odio y resentimiento, fomentan una supremacía por otra y eso no cambia nada."*

> *"Está bien el feminismo pero ya se convierte en fascismo (exageración). Hay mujeres que odian hombres por lucir como hombres cis, no importa si eres gay, igual te odian. Te hacen sentir incómodo por ser hombre, porque ser hombre es agresivo para las mujeres, así no sea el caso."*

> *"En muchas ocasiones estas posturas llevan a lo radical, y sólo separan más las partes en lugar de conciliar."*

Aparecen también expresiones de desconfianza hacia el movimiento: *"carece de inclusión entre mujeres", "agenda política disfrazada", "no tiene principios genuinos"*. Este tipo de percepciones puede leerse como parte de una crisis de credibilidad hacia el feminismo, alimentada por discursos antifeministas y circulación de fake

news y desinformación. Finalmente, algunos hombres admiten que lisa y llanamente no pueden imaginar cómo el feminismo podría mejorar sus vidas.

Frente a estas expresiones, entendemos que la idea de que "el feminismo se pasó de la raya" funciona más como un recurso discursivo que como un diagnóstico basado en evidencia. Este argumento es central en muchos discursos antifeministas contemporáneos, que atribuyen el malestar social (desde la "crisis de la familia" hasta el desempleo o la "falta de motivación masculina") a los avances de las mujeres y diversidades. En sus narrativas, la emancipación de las mujeres habría "desordenado" el mundo. Se trata, en definitiva, de una narrativa que responsabiliza a los feminismos por malestares que en realidad provienen de dinámicas estructurales, como la precarización laboral o el mal funcionamiento de las instituciones, y que muchas veces se vincula a la retórica sobre la "cultura de la cancelación". Sin embargo, los datos muestran otra cosa: lejos de haberse "excedido", las mujeres y las diversidades siguen enfrentando problemas gravísimos y persistentes, desde la alta frecuencia de femicidios y transfemicidios, abusos y violencias sexuales, hasta la desigualdad en el acceso al trabajo, la brecha salarial y la sobrecarga de cuidados que recae sobre ellas.

En este contexto, los supuestos "excesos" no se tradujeron en pérdidas concretas para los hombres: incluso muchos de los referentes denunciados públicamente mantienen en muchos casos sus espacios de poder. Si bien en las últimas décadas se produjo una expansión sostenida de la educación femenina, como ya lo mencionamos en la introducción, eso no se tradujo en una pérdida equivalente para los varones, sino en una mejora general de los niveles educativos de la población.

En cambio, los principales factores que afectaron las condiciones de vida de los hombres han sido económicos y estructurales: la reprimarización de las economías latinoamericanas, la informalidad laboral sostenida y la caída del poder adquisitivo de los salarios.

Por el contrario, lo que sí se expandió en los últimos años fue la reacción conservadora, que legitimó y amplificó discursos machistas en múltiples plataformas. El resentimiento masculino se origina en el sistema que excluye, precariza y no promete un futuro alentador, y no las banderas feministas, cuyo objetivo final es mejorar las vidas de todes.

3) Confusión entre igualdad y pérdida de privilegios

En este eje aparecen percepciones que entienden la igualdad como una amenaza.

Para algunos hombres, los avances impulsados por los feminismos no significan una ampliación de derechos, sino una pérdida de estatus personal o colectivo. La idea de que existan "cupos obligados", una supuesta "supremacía femenina" o una "nivelación hacia abajo" refleja cómo, en lugar de reconocer la existencia de privilegios históricos, esos privilegios son vividos como derechos naturales que ahora estarían siendo recortados.

Un encuestado sostuvo, por ejemplo, que *"quedó demostrado en los últimos 10 años que no les interesa que las cosas sean igual para ambos sexos, muchas buscan ponerse por encima con un odio extremo escondido en los reclamos. Reclamos que muchas veces se pasan de susceptibles y carecen de sentido. Veo a mi alrededor y no veo iniciativas que mejoren algo en nosotros"*. En su mirada, políticas como los cupos de género no se entienden como herramientas para corregir desigualdades estructurales, sino como un supuesto retroceso: *"creo que también buscan siempre nivelar para abajo, con los cupos obligados por ejemplo en festivales o en empresas, obligar a que haya una x cantidad de mujeres por escritorio muchas veces bajan el nivel, no porque sean mujeres, sino porque por algo no están ahí. Las mujeres que sí están en nivel llegan."*

Otros, con un tono más ambiguo, afirman que si bien *"comparten los motivos de la lucha"*, el feminismo carece de *"principios verdaderos y genuinos"* o de *"inclusión entre propias mujeres"*. Esta idea de falta de autenticidad contribuye a reforzar la desconfianza hacia el movimiento y a sostener la percepción de que se trata de una agenda que beneficia sólo a algunas mujeres y que, en última instancia, perjudica a los hombres.

Incluso, entre quienes respondieron "tal vez", aparece la misma tensión: *"Si los hombres perdemos privilegios, claramente no se vive mejor, porque se pierde estatus y comodidad"*, dijo uno de los encuestados, aunque al mismo tiempo reconocía que el feminismo "sí puede liberar a los hombres de ciertos mandatos y presiones".

> **Esta ambivalencia muestra con claridad el nudo del problema: el miedo a perder privilegios convive con el reconocimiento de que esos mismos privilegios están atados a mandatos que también son una carga.**

En esta sección aparece con fuerza una confusión persistente: muchos varones dicen estar "a favor de la igualdad", pero al mismo tiempo interpretan la pérdida de privilegios como una injusticia. Así, cuando los feminismos impulsan políticas como los cupos de género para revertir la exclusión histórica de las mujeres y las

diversidades en el mercado laboral o en espacios de decisión, algunos lo leen como una forma de "nivelar para abajo" o de instaurar una "supremacía femenina". En los hechos, lo que está en disputa no es la igualdad, sino la resistencia a renunciar a ventajas que durante siglos fueron naturalizadas.

La paradoja es que, mientras se presentan como defensores de la igualdad, rechazan las medidas concretas que buscan alcanzarla. En otras palabras, muchos hombres admiten que el modelo tradicional les impone cargas y expectativas difíciles de sostener, pero al mismo tiempo se resisten a soltar los beneficios que les otorga. Esta tensión impide ver que abandonar privilegios no significa perder derechos, sino abrir la posibilidad de vínculos más justos y, al mismo tiempo, liberarse de mandatos de masculinidad que también resultan opresivos.

Ambivalencia: entre la apertura y la desconfianza

En este grupo (un 26,5% entre los respondentes) aparecen dudas genuinas, reconocimientos parciales y condiciones explícitas para que el feminismo pueda ser visto como un aporte positivo a sus vidas. No hay un rechazo frontal, pero tampoco una adhesión plena: se trata de posiciones intermedias, atravesadas por el reclamo central del movimiento, pero dubitativas respecto de los métodos de lucha y la profundidad de la inclusión.

1) Reconocimiento del potencial, pero con dudas

Muchos hombres de este grupo reconocen que el feminismo "abre debates", "pone en agenda temas invisibilizados" y "desarma estigmas". Sin embargo, condicionan ese reconocimiento a que el movimiento adopte un tono más empático e inclusivo. Una frase resume la expectativa: *"Si se presentan desde lugares amenos creo que pueden generar reflexiones profundas sobre lo que significa ser hombre."*

El temor a ser construidos como "enemigos" aparece de manera recurrente. Un encuestado lo formuló así: *"Si marcando cosas que están mal y tratando de incluir a los hombres en el cambio, evitando cualquier cosa que pueda ser entendida como que el hombre es el enemigo." Otros insistieron en la misma línea: "Mientras no construyan al hombre como el enemigo, algo pueden aportar."*

El reclamo no se limita al tono, también se expresa como una demanda de lugar. Un encuestado sostuvo que *"se supone que el feminismo busca igualdad de condiciones entre géneros. Deberían empezar por incluirnos en esta búsqueda, la mayoría de*

las personas estaría a favor de mejorar los vínculos sociales en general, creo que el feminismo en su máxima expresión expulsaba la participación masculina y esto termina generando bronca. Como cuando te dejan afuera de cualquier cosa." Otro reafirma la posición de que es necesario incluir el punto de vista de ellos, *"Creo que muchas veces el movimiento feminista deja al lado a las ideas o punto de vista de un hombre, solo para un beneficio personal, cuando se debería buscar un bienestar equitativo."*

En suma, este grupo reconoce un potencial, pero advierte un déficit de interpelación positiva. Más que rechazo ideológico, lo que aparece es una expectativa de pertenencia que, al no encontrar cauce, se traduce en cautela y desconfianza. Surge la pregunta de cómo construir espacios donde estas dudas puedan compartirse sin sentirse juzgados.

2) El feminismo como espejo o punto de partida para procesos propios

Un segundo conjunto de respuestas de quienes contestaron "tal vez" plantea que el feminismo puede ser útil como disparador, pero que no basta para transformar las masculinidades. Destacan la idea de que el cambio real debe surgir desde los propios hombres, a través de procesos de autocrítica y organización entre pares.

Como señaló un participante: *"Capaz sí. Hoy en día lo dudo mucho. Hay mucha resistencia desde gran parte de los hombres. Muchos no entienden la perspectiva de las mujeres, y sienten que los obligan a pensar de cierta forma. Incluso si es un mensaje de comprensión hacia los hombres. Creo que el cambio mayor tiene que venir desde nosotros. Y quizás recibir apoyo desde el feminismo."* Otros lo expresaron en términos más simples: *"generando dudas en los varones y sus formas de vincularse y vínculos."*

El feminismo, en este registro, actúa como un espejo: genera preguntas y habilita reflexiones, pero la transformación exige una disposición activa de los propios varones, *"porque muestran y ayudan a comprender o debatir problemas."* Otro participante sostuvo que *"los movimientos feministas te llevan a la reflexión, solo si uno está dispuesto a autoevaluarse puede mejorar en muchos aspectos y liberarse de mandatos."*

Sin embargo, esta apertura convive con un riesgo: algunos advierten que cuestionar roles cristalizados puede derivar en crisis de identidad en muchos hombres, lo que, en ausencia de apoyos adecuados, alimenta reacciones defensivas o incluso violentas. Este punto abre interrogantes sobre cómo la inseguridad masculina

frente a los cambios en los mandatos de género puede traducirse en adhesiones a discursos ultraconservadores o antifeministas.

En definitiva, este grupo se muestra más cercano al diálogo, pero subraya la dificultad de pasaje desde la "interpelación" de los feminismos a la "transformación" o la acción concreta. Esto requerirá de puentes narrativos y emocionales que permitan traducir la reflexión individual en cambios colectivos y sostenidos.

Afirmación: los feminismos como oportunidad de cambio

El grupo más numeroso corresponde a quienes respondieron afirmativamente: el 60,1% de los encuestados dijo creer que los feminismos pueden mejorar la vida de los hombres. En este conjunto aparece una mirada que reconoce al feminismo como motor de transformación, tanto individual como colectiva, y como una herramienta para repensar vínculos, roles y mandatos de género. No obstante, incluso en este sector persisten tensiones, sobre todo vinculadas a la falta de organización entre ellos y a la carga desproporcionada que aún recae en las mujeres en estos procesos.

1) Reconocimiento del feminismo como motor de transformación individual

Para muchos hombres, los feminismos abrieron procesos de revisiones personales y cuestionamientos de mandatos que antes parecían inamovibles. Un participante sostuvo que *"Si las mujeres son más felices y libres, los hombres también lo seremos"*. A su vez, se destaca el rol de los feminismos a la hora de cuestionar estereotipos de género: *"Si bien los movimientos feministas son orientados para mujeres, creo que nosotros como varones podemos tomar esto de cuestionarnos por qué hacemos o pensamos de la manera en la que lo hacemos, por ejemplo en mi caso siempre me pregunté por qué mi madre se la pasa en casa y mi padre tiene que trabajar? Porque si a mí me gusta cocinar y cuidar mi casa lo tiene que hacer una mujer porque lo hace mejor?"*

En esa misma línea, algunos remarcaron que la interpelación feminista opera como un estímulo indirecto, pero efectivo: *"Indirectamente su lucha nos hace cuestionarnos, solo a los que estamos atentos y buscamos un cambio."*

Varios participantes también reconocieron aprendizajes concretos que provienen

de mujeres de su entorno. *"Creo que sí, porque a lo largo de la historia muchos varones hemos reproducido el mal trato hacia las mujeres como mandato social. Hoy muchos varones han replanteado su ignorancia gracias a sus hijas que han aprendido a respetarse mediante los conocimientos adquiridos fundamentalmente en la educación pública."*, señaló uno de ellos. Otro relató: *"Muchas veces me encontré con mujeres que me enseñaron a abrirme sin tener miedo de ser juzgado. Gracias a eso pude abrirme con otros hombres también."* La socialización en contextos femeninos también fue valorada. *"Absolutamente. Me crié entre mujeres y siento que eso me ayudó a entender y no aceptar de manera impuesta un estereotipo de masculinidad, a empatizar, a salir de una postura egocéntrica, deconstruir costumbres y usos machistas. Siento que aprendí y aprendo desde hace años con el feminismo y que es fundamental para intentar aspirar a una sociedad igualitaria y no sólo vista como binaria."*

En conclusión, si bien varios señalan la potencia de cambio que les brinda el feminismo, también se puede notar que esa transformación personal muchas veces se sostiene gracias al acompañamiento, cuidado y enseñanza de mujeres concretas. En la práctica, esto implica que, además de luchar por sus propios derechos, ellas asumen la tarea de "educar" a los varones en sus procesos de cambio.

2) Feminismo como herramienta para mejores vínculos

Un segundo eje que emerge con fuerza es la dimensión relacional. Para varios encuestados, el feminismo no sólo impacta en sus trayectorias individuales, sino también en la forma en que se vinculan con otras personas. *"El feminismo denuncia estereotipos que también oprimen a los hombres, como la expectativa de ser proveedores o reprimir las emociones. Promueve relaciones más equitativas en el hogar, la crianza y los cuidados. También ha impulsado reflexiones sobre formas no violentas de ser hombre. Ha ayudado a visibilizar los aspectos más tóxicos y dañinos del machismo que también afectan a los hombres"*, explicó uno de ellos. Otro resumió este potencial en términos afectivos: *"Por su lucha, cuestionamiento y toma de conciencia sobre las injusticias y desigualdades en cuestiones de género e identidad. También por fomentar la importancia de vínculos más amorosos y no naturalizar la violencia y el machismo."* En la misma línea, se señaló que los feminismos permiten *"desarmar roles que fomentan vínculos de poder, exigencia y productividad constantes"* y, en cambio, *"proponer vínculos afectivos diferentes al de la familia como unidad productiva y reproductiva"*. También apareció la percepción de que estas transformaciones alivian cargas: *"Al igualar las oportunidades y las tareas*

creo que habría menor presión hacia los hombres para que se amolden a una conducta machista que resulta dañina para las relaciones."

Este énfasis en los vínculos coincide con lo que plantea Fabián Tierradentro desde su trabajo en la organización Vientos de Libertad[1]. Allí destaca que el tema del amor romántico y los vínculos aparece como un punto de enorme sensibilidad:

> *Cuando me refiero al tema de los vínculos tiene que ver con el amor romántico, los mitos del amor romántico, las relaciones sexuales, lo afectivo en relación al noviazgo, todo lo que tiene que ver con el amor romántico es para nosotros punta de lanza. Eso y lo que sucede después de una ruptura. De hecho, una de las principales situaciones que trabajábamos con varones que están en situación de consumo tenían que ver con rupturas amorosas que no eran superadas y que terminaban en el consumo de sustancias.*

Además, enfatiza que esta fragilidad frente a los vínculos no es exclusiva de varones en situación de consumo o exclusión social, sino que atraviesa también a sectores medios y altos. La dependencia emocional, la dificultad para procesar rupturas y la carencia afectiva emergen como problemáticas extendidas, que muestran hasta qué punto los mandatos de masculinidad limitan la capacidad de los varones de construir relaciones plenas y autónomas.

> *Para mí estos dos temas —los vínculos atravesados por el amor romántico y la dependencia emocional— son los más importantes por los cuales se los podría convocar a los varones.*

De este modo, los vínculos se revelan no sólo como un espacio de conflicto, sino también como un terreno fértil para la interpelación y la transformación: allí donde se evidencian con fuerza los efectos nocivos de la masculinidad tradicional, se abre también la posibilidad de construir horizontes de mayor igualdad y bienestar compartido.

---

[1] Vientos de Libertad es una organización que acompaña a personas en proceso de recuperación de consumos problemáti-cos en casas convivenciales en Argentina. Entre 2021 y agosto de 2025, el colectivo Varones Desobedientes coordinó allí talleres de masculinidades tanto con los residentes como con equipos coordinadores. Estos espacios se convirtieron en una herramienta muy valorada dentro de los procesos de recuperación, al punto de que muchos participantes identificaron el trabajo sobre los vínculos y la masculinidad como clave en sus avances. Sin embargo, los talleres fueron interrumpidos en 2025 a raíz del recorte presupuestario impulsado por el gobierno de Javier Milei, en el marco de la desfinanciación de políticas vinculadas al consumo problemático y la salud comunitaria.

3) Pasar de “repensarse” a “organizarse”

El tercer eje revela el principal límite de este grupo: aunque muchos hombres afirman que el feminismo mejoró su vida, pocos logran traducir ese cambio en organización colectiva. La mayoría se queda en el plano de la reflexión individual: *“Gracias al feminismo entendí cosas”*, *“me hizo pensar distinto”*, pero *“no me organizo con otros varones para cambiar esto”*.

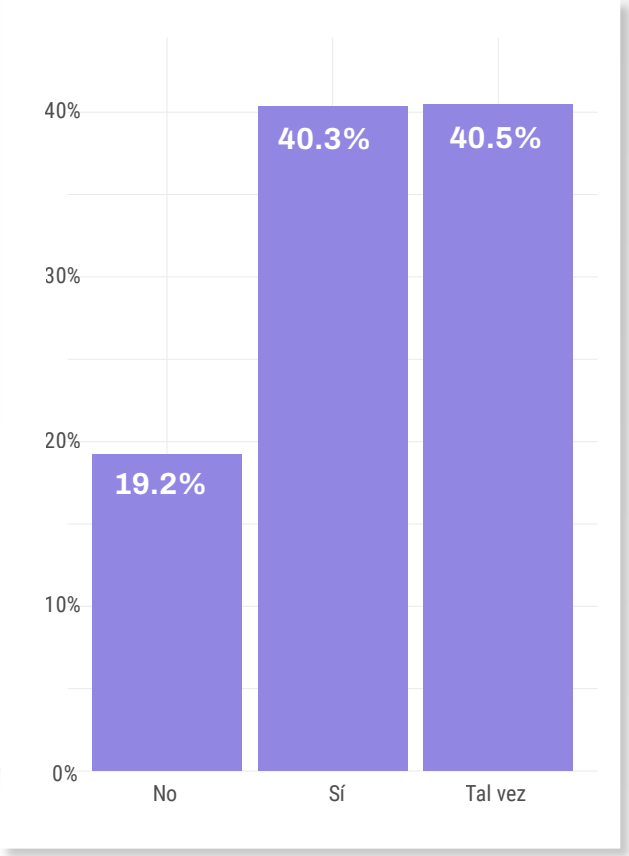
Este hallazgo coincide con lo que señalamos en nuestro informe sobre Varones y Cuidados en 2024: los feminismos interpelan a los hombres de manera individual, pero no habilitan aún un horizonte de organización colectiva. El mensaje implícito que circula es: *“revisate, callate, acompañá”*, no *“organizate, exigí, cambiá lo que te duele”*.

> **Por lo tanto, los hombres que reconocen el impacto positivo del feminismo constituyen un grupo clave para la construcción de futuros más igualitarios. Sin embargo, para que esa convicción se traduzca en transformaciones sostenidas, es necesario crear espacios colectivos donde puedan organizarse, construir estrategias comunes y compartir responsabilidades políticas, en lugar de limitar el proceso al plano íntimo e individual.**

¿SUMARSE O DAR UN PASO AL COSTADO? LOS HOMBRES ANTE LA PREGUNTA POR SU ROL EN LOS FEMINISMOS

Frente a la pregunta de si, como hombres, pueden aportar a los movimientos feministas, un 19,2% respondió que no. Los grupos que respondieron "Tal vez" y "Sí" son mayoritarios y similares en proporción (40,5% y 40,3%, respectivamente). Detrás de estos números aparecen discursos muy distintos: desde el respeto paralizante y el rechazo abierto, hasta la voluntad de aportar activamente, pero con dudas sobre cómo hacerlo.

¿Crees que como hombre puedes aportar algo a los movimientos feministas?



Negación: del respeto inmóvil al rechazo abierto

Un 19,2% de los encuestados respondió que no cree que los hombres puedan aportar a los feminismos. Se trata de un grupo atravesado por la distancia: algunos lo plantean como respeto, otros como temor a ser cuestionados, y otros directamente como rechazo frontal. Identificamos tres ejes principales:

1) Respeto paralizante

Algunos hombres sostienen que no aportar a los feminismos es, en sí mismo, una forma de respeto. Prefieren *"acompañar desde afuera"*, limitarse a escuchar y cambiar en el plano individual. Como sintetizó un participante: *"Me parece muy interesante el movimiento feminista, como grupo social, pero yo solo puedo escuchar y debatir. No accionar a favor o en contra."* Otro fue más tajante: *"Creo, como hombre, que es momento (...)dejar que, por una vez en la historia, el centro no seamos nosotros."*

La tensión se vuelve explícita en esta respuesta *"Adhiero que hay que derrocar el patriarcado, pero no puedo más que mantener una coherencia ética en mis círculos íntimos, familiares y sociales. No creo que eso sea un aporte al movimiento feminista."* Aquí se reconoce al patriarcado como sistema, pero el horizonte de acción queda reducido a la moral privada. Es un respecto que inmoviliza: valida la causa, pero renuncia a transformarlo de manera más sistémica.

> **Estas respuestas revelan una especie de parálisis por no querer invadir. Se colocan como observadores respetuosos, pero inmóviles.**

Hay una ética muy tajante en estas posiciones que valoran mucho el movimiento y sus aportes sociales, pero temen "contaminarlo" con su presencia. Reconocen una responsabilidad personal, pero sin conexión con lo político o colectivo. Además, aparece la creencia de que el feminismo es algo que solo pueden vivir o entender las mujeres: *"yo no lo viví", "no tengo esa experiencia", "no me corresponde opinar"*.

En este sentido, Luciano Fabbri observa en estas respuestas un proceso donde la interpelación feminista hacia los hombres —expresada en consignas como *"callate varón"*— parece haber promovido cierta idea de que el cambio debe realizarse en silencio, sin mostrarse públicamente como aliado feminista.

Fabbri recupera el testimonio de un adolescente en 2018 que explicaba que mostrarse como aliado era percibido de manera negativa tanto por mujeres como por hombres: por ellas, podía ser visto como un gesto de oportunismo o corrección política; y por ellos también, como un interés oculto ligado a la conquista sexual hacia mujeres. De ese modo, ser "aliado" se percibía más como un chiste o una burla, más cercano a un insulto que a un reconocimiento.

Esto genera, según Fabbri, una sensación de "perder-perder" que puede llevar a los hombres a replegarse y realizar procesos de cambio de manera individual y silenciosa.

> **El riesgo, señala, es que si ponemos toda la atención en cómo los varones gestionan estos procesos a nivel individual el cuadro queda incompleto: necesitamos revisar también qué narrativas y herramientas ofrece el propio movimiento.**

Como todo movimiento plural y en constante efervescencia, el feminismo de la última década atravesó (y aún atraviesa) múltiples debates internos en la región. Reconocer y revisar esos vaivenes —propios de todo proceso transformador— es

una tarea central de los feminismos. Al mismo tiempo, es necesario superar la parálisis que ciertas consignas generaron en los años de mayor auge, para abrir paso a nuevas formas de colaboración y diálogo. Tal como plantea Diana Maffía, se es feminista cuando se reconoce una desigualdad, se la considera injusta y se desea transformarla. Esta definición constituye una condición suficiente para que los hombres de este grupo se integren al movimiento mediante acciones colectivas concretas.

2) Miedo o incomodidad a ser rechazados

Otro grupo explica su no participación por temor a equivocarse o ser juzgados. Algunos lo expresan con frases como *"No estamos listos todavía."* O lo plantean desde el pesimismo de que no se puede cambiar porque son problemas arrastrados desde sus crianzas: *"Porque nos criaron mal, y es nuestro deber el aprender un montón de cosas antes de intentar aportar algo a la lucha feminista."* Por otro lado, algunos advierten que tuvieron experiencias más explícitas de exclusión: *"Cada vez que intentaba hacer esto me recriminaban y me decían no podés decir nada porque sos hombre."*

Detrás de este miedo aparece una fragilidad masculina que no está acostumbrada al disenso ni al aprendizaje colectivo. Algunos lo plantean de manera defensiva, como si los feminismos fueran un espacio cerrado. En definitiva, el miedo a ser juzgados termina funcionando como excusa para mantener la distancia.

Luciano Fabbri coincide en que uno de los principales desafíos radica en pasar de reflexiones individuales a procesos colectivos sostenidos. Fabbri advierte que esta dificultad para organizarse está atravesada por un mandato de autosuficiencia y aislamiento, que empuja a los hombres a resolver sus dudas y temores en soledad. En sus palabras:

> *Hay una dificultad particular en los hombres en relación a eso y que tiene que ver con ciertos mandatos de gestión individual de las dudas, de las incertidumbres, de los temores, de los miedos, de los desafíos y el tener que responder un poco a esta cuestión desde la omnipotencia, del self-made-man [hombre que se hace a sí mismo] que tiene un efecto más efectivo por decirlo de alguna manera en los hombres...*

Fabbri subraya que esta lógica individualista no es exclusiva de los hombres, sino parte de un modo de subjetivación propio del sistema capitalista. Sin embargo, en ellos se profundiza por la exigencia de autosuficiencia, dificultando que puedan

construir espacios colectivos de transformación. Mientras las mujeres han desarrollado, por necesidad y tradición, prácticas de organización comunitaria y en red, los varones cargan con un mandato de aislamiento que obstaculiza la posibilidad de sostener vínculos políticos y colectivos en el tiempo.

Lo anterior coincide con lo que muestran nuestros datos cuantitativos sobre las expectativas entre hombres: la expectativa de "poder solos", "no necesitar ayuda" y "no depender de nadie". En este punto, la economía feminista plantea desde sus orígenes la crítica a la figura del *self-made-man*, que vendría a ser el *homo oeconomicus* de la teoría económica clásica: un sujeto abstracto, racional, autosuficiente, que busca maximizar su utilidad constantemente, sin vínculos, sin emociones, sin necesidad de cuidar ni de ser cuidado. Precisamente contra ese agente racional la economía feminista ha insistido en la centralidad de la interdependencia, los afectos y los cuidados para sostener la vida y nuestras sociedades. Esta conexión permite entender que los obstáculos de los hombres para organizarse colectivamente no son solo culturales, sino también la expresión de un modelo económico y social que premia la autosuficiencia y penaliza la interdependencia.

En esta misma línea, Fabián Tierradentro señala que pasar de lo personal a lo colectivo es un desafío constante. Retomando la experiencia de su organización, con más de diez años de trabajo con varones, explica que la participación suele crecer en contextos sociales y políticos donde la agenda feminista y de género gana centralidad —como ocurrió en 2017 y 2018 con los debates por el aborto o con el impacto del #MeToo—, pero decae cuando ese clima se retrae. Según plantea:

> ***Hay potencia para que los varones se organicen, sí, pero es muy difícil. Pasar de lo individual a lo colectivo trabajando cuestiones de masculinidad es dificilísimo.***

Este testimonio confirma que la dificultad no solo reside en la disposición individual, sino sobre todo en la capacidad de generar condiciones sociales y políticas que sostengan el interés y la organización de los varones en el tiempo.

3) Distancia total

El tercer grupo está formado por varones que directamente rechazan al feminismo o no se sienten interpelados por él. Aquí predominan narrativas conspirativas, de hostilidad o defensa explícita del orden patriarcal. En algunos casos, estas posiciones se apoyan en un discurso religioso tradicionalista, que recupera el ideal de

familia jerárquica y el rol de proveedor exclusivo para los hombres. Como sintetizó un encuestado: *"Los movimientos feministas quieren desestabilizar el orden natural de las cosas, superponiendo a la mujer como única proveedora en la casa, como usurpadora del rol del hombre y quieren debilitar a las mujeres haciéndolas creer que TODO está en contra de ellas y el promotor de ello es el hombre!... No son movimientos nada buenos, excepto que se orientara a fortalecer la mentalidad femenina para apoyar cada vez más activamente a los hombres en su objetivo de alcanzar un hogar fundamentado en la palabra divina y cumplir el cometido de ser apoyo ineludible para el hombre!"*

Este tipo de discursos ubica al feminismo como enemigo absoluto, un movimiento que amenaza con "romper el orden natural" y que, por lo tanto, debe ser rechazado de plano. En esta misma línea, un participante planteó una oposición esencialista entre "hombre" y "feminismo", como si fueran categorías irreconciliables:

> *"El hombre y el feminismo son antónimos naturales. La teoría feminista puede reestructurar y resignificar la conceptualización del hombre pero este no puede hacer lo mismo para con la teoría por su concepción biológica y social."*

Además de estas posiciones más doctrinarias, surgen respuestas que refuerzan la distancia desde un lugar de desdén. Como expresó un participante: *"No se puede aportar a un grupo que no quiere recibir ese aporte."* En este caso, más que una exclusión efectiva, lo que se observa es un cierre anticipado al diálogo, una forma de desentenderse de la posibilidad de construir algún punto de encuentro.

La hostilidad también se condensa en frases más tajantes, que reducen al feminismo a un sentimiento de odio hacia los hombres:

> *"Por la soberbia y odio que detenta el movimiento feminista hacia los hombres."*

Finalmente, dentro de este grupo aparecen también expresiones de indiferencia que, aunque menos cargadas ideológicamente, refuerzan la distancia: *"no me interesa", "prefiero aprender solo", "cada uno con sus cosas"*. En general, muestran desconfianza hacia lo colectivo y la creencia de que pueden deconstruirse de manera individual.

En suma, este sector muestra de qué forma calan las narrativas antifeministas, conspirativas o biologicistas, pero también los mandatos de autosuficiencia que desconfían de lo político y lo colectivo. Desde el retorno a un ideal de familia patriarcal hasta la idea de que *"cada uno debe deconstruirse solo"*, las respuestas

orbitan en torno a un mismo horizonte: la reafirmación de roles de género rígidos y jerárquicos —hombres proveedores de "alto valor" y mujeres relegadas al lugar de *trad wives* (esposas tradicionales). En este marco, resulta difícil que este grupo pueda reconocer valor en consignas feministas o de cuidados, por más amplias e inclusivas que se presenten.

Indefinición: el "tal vez" como la ancha avenida del medio

Un 40,5% de los hombres encuestados respondió "tal vez" sobre si pueden aportar a los feminismos. Se trata del grupo más numeroso, y a la vez el más incierto: hombres que no se ubican en el rechazo abierto, pero tampoco en la afirmación decidida. En sus respuestas aparece una mezcla de dudas, inseguridad y reconocimiento parcial del valor que ellos tienen para aportar a los feminismos.

Muchas de estas voces transmiten más preguntas que certezas. *"No sé, en principio desde una propuesta del activismo feminista, por lo general no sé bien cómo participar sin llegar a herir susceptibilidades y mejor mantenerse al margen"*, explicó un encuestado, expresando el temor de incomodar más que la convicción de participar. Otro planteó que *"no sé cómo, tampoco sé si mi voz es tan importante, pero siempre creo que suma aportar otras miradas a las problemáticas que tenemos como sociedad"*, reflejando la tensión entre la voluntad de contribuir y la inseguridad sobre el valor de ese aporte. En una línea similar, otro hombre reconoció: *"No sé, no lo he pensado en profundidad. Pero charlando, y escuchando, creo que tal vez pueda aportar alguna reflexión."*

Lo que une a estas respuestas es el carácter tentativo: expresan un *"no sé"*, *"nunca lo pensé"* que no es desinterés, sino más bien incertidumbre. Reconocen que algo cambió en el clima social y cultural, que ya no es posible *"hacerse el distraído"*, pero no logran traducir esa percepción en un rol claro dentro de los feminismos.

En suma, este grupo representa una ancha avenida del medio, conformada por hombres que están parcialmente convencidos, pero inseguros sobre el valor y la forma de su aporte. Lejos de ser un obstáculo, esta indefinición puede ser un punto de partida si existen espacios de diálogo que habiliten sus preguntas sin ridiculizarlas, que legitimen sus dudas y los animen a involucrarse. La clave está en transformar la vacilación en compromiso, y la inseguridad en acción.

Afirmación: del apoyo individual al compromiso colectivo

Un 40,3% de los encuestados respondió que sí cree que los hombres pueden aportar a los feminismos. A diferencia de quienes dudan o rechazan esta posibilidad, este grupo se reconoce como parte del problema y, por lo tanto, también como parte de la solución. Lo hacen desde diferentes lugares: algunos plantean la necesidad de hablar entre pares y abrir debates en espacios entre hombres; otros subrayan la importancia de acompañar la lucha feminista desde la humildad, sin buscar protagonismos individualistas; y un tercer eje vincula ese aporte con la interseccionalidad, señalando que no todos los varones son heterosexuales ni gozan de los mismos privilegios, y que las experiencias de discriminación por raza u orientación sexual también pueden enriquecer y fortalecer las luchas feministas.

1) "Lo que puedo aportar, lo puedo hacer con otros varones"

Una de las ideas más repetidas en este grupo es que el aporte de los hombres debe realizarse, sobre todo, en diálogo con otros hombres. Como sintetizó un encuestado: *"Quizás hablando con otros hombres para desarmar ciertos mandatos y estereotipos." En esa misma línea, otro afirmó de manera concisa: "Hablando con otros hombres sobre feminismo."*

La propuesta de generar conversaciones en espacios cercanos se repite en varias respuestas. Un participante señaló: *"Llevando la igualdad como tema de conversación concientizando amigos y familiares sobre la igualdad."* Otro agregó que esas charlas tienen un valor particular porque a veces *"quizás, no escucharían/tolerarían de una mujer"*. En su caso, lo combinó con un compromiso personal: *"Participando y acompañando iniciativas propuestas por el movimiento. Por otro lado, individualmente, revisando mis actitudes machistas."*

En todos los casos, el aporte se entiende como una tarea pedagógica que se juega en lo cotidiano: hablar, incomodar, poner en duda prácticas naturalizadas y revisar la propia conducta.

2) Participar desde la humildad y sin protagonismo

Otro eje fuerte de este grupo tiene que ver con la forma en que los hombres se imaginan su participación: **sin protagonismo, desde la humildad, acompañando y sosteniendo luchas colectivas.** Uno de los testimonios lo plantea con claridad:

> *"Desde la humildad que corresponde, creo que los hombres sí podemos aportar. Y creo que debemos hacerlo. Está claro que un movimiento transformador como los feministas necesita ser masivo si quiere cambiar estructuralmente la sociedad, y en esa masividad nosotros tenemos un rol que jugar. Requerirá que aceptemos que no podemos ser siempre los protagonistas. Pero tanto en la lucha política como en la transformación social es importante que hagamos nuestra parte, apoyando los movimientos y participando de los cambios."*

La cuestión del protagonismo apareció en muchas de las respuestas de los encuestados: *"Dando apoyo y votando a favor cuando sea necesario, sin intentar tomar protagonismo, dando a entender que la otra parte está de acuerdo con los cambios. Y estar siempre y cuando el movimiento convoque y requiera"*. Otro participante habla del protagonismo, pero refuerza la idea de que, aún así, los hombres deberían aportar a los feminismos y que la construcción tiene que venir de todas las partes: *"Si bien se debate mucho el lugar del hombre en el feminismo (...) [,p]ara mí el feminismo debería alimentarse (así sea en poca medida) de la opinión del varón. Hay una cuestión fáctica que es que la mitad de la sociedad son varones y es imposible que los movimientos lleguen a persuadir y a comunicar ideas desde el rechazo total al otro. Entiendo que son espacios en los que es muy fácil que el varón tome protagonismo pero también siento que la construcción tiene que ser desde las dos partes."*

Este sector se ve interpelado por una participación activa en los feminismos, pero les preocupa hacerlo sin cobrar protagonismo o llamar demasiado la atención, y los lleva a sugerir un formato de "ponerse a disposición" de los movimientos feministas. Este carácter puede provenir desde la humildad—como quienes entienden que sus experiencias no les brindan la misma sensibilidad que a mujeres y diversidades—, pero también desde cierta resistencia o miedo a recibir atención excesiva.

En este punto, el aporte de Luciano Fabbri enriquece el análisis de los resultados. Lejos de centrarse en si los varones "buscan protagonismo", Fabbri subraya que la prioridad debería ser la organización colectiva:

> *A mí sinceramente no me preocupa tanto si los hombres buscan o no protagonismo a la hora de organizarse. Me parece que si esa fuese la búsqueda estaríamos organizados. Me parece que si el protagonismo, la atención o el reconocimiento, en el mejor de los casos, se deriva de una organización genuina, eficaz con capacidad de incidencia de transformación, bienvenido sea,*

> *en tanto no sea en detrimento de la visibilidad o el protagonismo de otros movimientos y agendas legítimas, genuinas e incluso en condiciones de mayor desventaja en términos estructurales.*

Es decir, **lo problemático no es tanto el protagonismo en sí, sino la falta de organización entre varones**: sin espacios sólidos de acción, cada gesto aislado termina recibiendo una atención desproporcionada, lo que alimenta la tensión entre "estar" o "dar un paso al costado". El aporte de Fabbri y su experiencia con el Instituto Masculinidades y Cambio Social ilumina posibles senderos de colaboración entre organizaciones feministas y los espacios de masculinidades. Por ejemplo, en el marco del 3J (aniversario del primer Ni Una Menos), la organización realizó una publicación conjunta con la organización feminista argentina Ni Una Menos, invitando a debatir públicamente el rol y los modos de vincular a los varones con los feminismos.

3) Aportes desde la interseccionalidad

Un tercer eje dentro de las respuestas está dado por la conciencia de que las masculinidades no se experimentan de manera homogénea. La orientación sexual, la raza, y la clase social atraviesan las vivencias de los hombres y, en consecuencia, los modos posibles de aportar a los feminismos. Como señaló un participante:

> *"Primero no todos los hombres son blancos y pakis [heterosexuales], por lo que sufren/sufrimos otras formas de discriminación que suman a la interseccionalidad del feminismo. Por otro lado, muchos problemas comunes *solo* a los hombres vienen del machismo, y tener la mirada de los hombres sobre cómo les afecta es importante para no demonizarlos (...)."*

Entre los testimonios de varones bisexuales y gays aparece con fuerza la idea de que sus experiencias de discriminación los vuelven más concientes de los mandatos de masculinidad y, al mismo tiempo, les permiten aportar miradas críticas a los feminismos. Un encuestado lo expresó así: *"Creo que al ser del colectivo lgbtiq+ me permitió observar el panorama general y ser totalmente crítico de mi género y replantearme muchísimas cosas que estaban "mal". También facilito el diálogo tanto con mujeres como hombres sobre problemáticas relacionadas al género."* En la misma línea, otro sostuvo: *"Mi lugar como varón estaría en la posibilidad de interpelar a otros varones y generar espacios de cuestionamiento y debate sobre las masculinidades y el género"*. Para algunos, esta tarea se traduce en una militancia cotidiana: *"Militando mi identidad entre otros varones"*. También aparece la

conciencia de que esa intervención parte de vivencias de opresión propias: *"Creo que los hombres sufrimos un modelo patriarcal que nos hace creer que debemos ser de una manera, que no podemos comunicar ciertas cosas que sentimos por[que] otros nos juzgan. En cierta manera a veces me siento preso de mi propia imagen que quiero mostrar a los demás. Creo que los hombres tenemos la posibilidad única de romper con eso y hablar desde esa experiencia única."*

Estas voces confirman que los feminismos y los movimientos LGBTIQA+ vienen señalando hace tiempo: estos espacios son un terreno fértil para construir alianzas estratégicas y pedagogías que desarmen los mandatos de masculinidad que sostienen el status quo de la desigualdad de género. Y que estas posibilidades no se limitan únicamente a las feminidades y disidencias, sino que también involucran a varones que por no encajar en la masculinidad hegemónica, encuentran en sus propias experiencias un punto de partida para incomodar a sus pares e impulsar transformaciones. Como sintetizó un encuestado: *"Como disidencia tenemos algunas cuestiones transversales de opresión, pero considero que el movimiento feminista y LGTB+ van de la mano."*

En este mismo registro, otros conectaron el aporte de los hombres con la lucha más amplia contra el capitalismo y las opresiones múltiples. Uno de ellos lo explicó así: *"Primero que nada, porque el patriarcado y el capitalismo van de la mano, pienso que como trabajadores debemos luchar contra todo tipo de opresión, apoyando marchas, huelgas feministas etc. además porque podemos tener otro diálogo con varones que aún no apoyan causas feministas."* Otro lo resumió de esta manera: *"Porque la lucha por una sociedad justa y sin discriminación es una lucha colectiva que hombres, mujeres y la diversidad sexual deben tomarla en conjunto."*

Estos aportes permiten ver que los mandatos de masculinidad no afectan a todos los hombres del mismo modo: se combinan con el racismo, la homofobia, la bifobia, la transfobia y las desigualdades materiales. Reconocer estas diferencias no implica diluir la crítica a los privilegios masculinos, sino entenderlos de manera integral: los hombres no parten todos del mismo lugar en la estructura social, y sus experiencias de discriminación (o de ventaja) se combinan con factores como clase, raza u orientación sexual. En consecuencia, también sus posibilidades de implicarse en procesos de transformación son desiguales.

En conjunto, todo este grupo que afirma su postura frente a los aportes que ellos pueden brindarle a los feminismos muestra un grado mayor de conciencia: entienden que no se trata de "no estorbar", sino que es necesario participar activamente,

ya sea interpelando a otros hombres, acompañando luchas feministas sin protagonismos, aportando miradas interseccionales o articulando con otras agendas de transformación social.

Al mismo tiempo, persiste cierta vaguedad: en varios casos, el “sí pueden aportar” se expresa más como una adhesión general al feminismo que como una reflexión sobre acciones concretas. En este sentido, algunos mencionan el valor de escuchar y no tomar la palabra, pero esa postura no siempre se traduce en una forma activa de acompañar, generando cierta paralización.

La tensión atraviesa muchas de estas preguntas: ¿cómo aportar sin apropiarse del movimiento? ¿cómo acompañar sin dirigir? Algunos resuelven el dilema desde lo personal —revisando actitudes, vínculos y privilegios—, otros desde lo colectivo, asumiendo que los hombres pueden ser “puentes” para abrir debates en sus entornos. Queda así una pregunta abierta para los futuros espacios de activismo entre hombres: ¿cómo, y hasta dónde, pueden considerarse sujetos políticos dentro de un movimiento en constante transformación y cuestionamiento como lo es el feminista?

Conclusiones

Los resultados de esta encuesta muestran que la masculinidad, lejos de ser una identidad fija y homogénea, es hoy un terreno de disputas, tensiones y transformaciones. La mayoría de los hombres encuestados reconocen la existencia de mandatos de género que limitan sus vidas, expresan deseos de cambio y valoran atributos como la empatía, el cuidado o la sensibilidad. Sin embargo, esa conciencia resulta insuficiente para traducirse en formas de organización colectiva o en un involucramiento real en las luchas feministas.

El panorama es heterogéneo. Por un lado, existe un sector minoritario que rechaza abiertamente al feminismo, aferrado a visiones biologicistas, religiosas e incluso conspirativas, donde el malestar por la precarización económica se canaliza en clave antifeminista. Otro sector oscila entre la ambivalencia y la afirmación: reconocen la importancia del feminismo, intuyen que puede mejorar sus vidas, pero se sienten inseguros, confundidos o paralizados frente a cómo participar. Finalmente, hay quienes sí se reconocen como parte del problema y también de la solución, y plantean la necesidad de aportar activamente, sobre todo en diálogo con otros hombres y desde un lugar de humildad.

En todos los casos, las respuestas dejan ver un mismo nudo: los hombres tienden a procesar los mandatos de masculinidad de manera individual, más que colectiva. La soledad, la autosuficiencia y el temor a “invadir” los espacios feministas aparecen como frenos que dificultan pasar de la reflexión personal a la acción política. Luciano Fabbri lo sintetiza en la figura del self-made-man, un ideal que, en diálogo con el homo oeconomicus de la teoría económica clásica, construye la imagen de un sujeto autosuficiente, sin vínculos ni cuidados, que no necesita de nada ni de nadie para lograr cosas, y que carga con la expectativa de poder resolver todo en

soledad. Este mandato, profundamente arraigado en la socialización masculina y en la lógica capitalista, funciona como una trampa: aísla a los hombres, impide que construyan redes colectivas y limita su potencial de transformación.

Aquí aparece también la necesidad de una mirada interseccional. El patriarcado y el capitalismo no operan por separado: se refuerzan mutuamente, produciendo desigualdades que afectan de manera diferenciada según la clase, la raza o la orientación sexual. La promesa incumplida de ser proveedores únicos, la frustración frente a la precarización laboral, o la discriminación a varones no blancos o no heterosexuales muestran que los mandatos de masculinidad no impactan de la misma manera en todos los hombres. Al mismo tiempo, dejan en claro que estas limitaciones no se resuelven en el plano individual, ya que son estructurales y requieren de organización colectiva.

La paternidad aparece como un espacio clave para tensionar estos mandatos. La mayoría de los hombres reconoce que el rol paterno cambió en relación a generaciones anteriores: hoy se esperan vínculos más afectivos, mayor cercanía y participación cotidiana. Sin embargo, las licencias de paternidad siguen siendo muy bajas, y la ausencia de un reclamo sostenido por parte de los propios varones muestra cómo los mandatos de género también operan en el terreno de los derechos: los hombres no se reconocen como sujetos de cuidado ni se organizan para exigir condiciones dignas para ejercerlo. En muchos casos, el mayor involucramiento paterno responde más a la precarización material de la vida (por la imposibilidad de sostener el rol de proveedor único) o a la presión social, que a una transformación estructural de los roles de género.

Frente a la avanzada de discursos antifeministas y conservadores, este escenario ofrece un dato alentador: la mayoría de los hombres de la encuesta no se siente representada por los “machos alfa” ni por la llamada machósfera, y muchos reconocen que los feminismos les aportaron reflexiones valiosas para repensar sus vínculos y formas de habitar la masculinidad. Pero también hay un riesgo: el miedo a participar paraliza y la ambivalencia deja el terreno abierto para que los discursos reaccionarios ofrezcan respuestas fáciles y fantasiosas a malestares reales.

El desafío es, entonces, doble. Por un lado, seguir denunciando y combatiendo los discursos que promueven odio y jerarquías de género. Por otro lado, construir narrativas y políticas que habiliten a los hombres a reconocerse como sujetos atravesados por el género, a identificar los efectos negativos que los mandatos tradicionales tienen en sus propias vidas y a organizarse colectivamente para cambiar-

los. No se trata de victimizarlos, sino de mostrar cómo el patriarcado y el capitalismo producen malestares que, aunque no son equivalentes ni comparables a los que viven mujeres y diversidades, sí son lo suficientemente concretos como para convocarlos a la acción transformadora.

¿CÓMO SEGUIMOS?

Las conclusiones de este informe apuntan a abrir ese horizonte. El futuro de los cuidados no puede seguir siendo pensado sólo como una "cuestión de mujeres". La sostenibilidad de la vida depende de que los hombres se involucren activamente, no como aliados pasivos ni como espectadores respetuosos, sino como corresponsables de una transformación social urgente. El reto es convertir las intuiciones de cambio —ese deseo de vínculos más plenos, de paternidades más presentes, de masculinidades menos rígidas— en una agenda colectiva que amplíe derechos y priorice los cuidados.

El objetivo de este trabajo era continuar en el debate sobre el rol de los varones en el feminismo, ya que hoy ellos tienen la oportunidad de transformar su malestar en acción colectiva. La pregunta no es si solo "pueden aportar", sino cómo, desde dónde y junto a quiénes hacerlo y articularlo.

Desde Ecofeminita y Oxfam creemos que este trabajo es apenas un paso más en ese camino. Un insumo para pensar campañas, políticas y narrativas que convoquen a toda la sociedad en torno a un reclamo urgente: que los cuidados se conviertan en una prioridad política. Para eso, necesitamos gobiernos comprometidos con esta agenda, pero además la historia reciente nos enseña que las conquistas más profundas se logran cuando se combinan las urnas, la organización social y la movilización sostenida. En ese cruce está el desafío de todes, incluídos los varones: no sólo elegir representantes que impulsen políticas económicas compatibles con el cuidado, sino reconocerse como sujetos activos de esa transformación en sus vínculos, en los espacios colectivos y en la disputa por un futuro más justo e igualitario.

OXFAM

ECOFEMINITA